

62324=

COLECCIÓN UNIVERSAL

N.º 701 y 702

C. F. HEBBEL

Los Nibelungos

TRAGEDIA ALEMANA EN TRES PARTES

TOMO II y ÚLTIMO

TERCERA PARTE: La venganza de Kriemhild. Tragedia en cinco actos.



Precio: Una peseta

MADRID, 1922

C. F. Hebbel

—

LOS NIBELUNGOS

TOMO II y ÚLTIMO

MCMXXII

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1922.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

C. F. HEBBEL

Los Nibelungos

TRAGEDIA ALEMANA EN TRES PARTES

TOMO II y ÚLTIMO

TERCERA PARTE: La venganza de Kriemhild. Tragedia en cinco actos.

La traducción del alemán ha
sido hecha por R. M. Tenreiro



MADRID, 1922

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8.—MADRID

LOS NIBELUNGOS

PERSONAS

El REY GUNTHER.

HAGEN TRONIE.

VOLKER.

DANKWART.

RUMOLT.

GISELHER.

GERENOT.

El CAPELLÁN.

El REY ATILA.

TEODORICO DE BERNA.

HILDEBRANT, *su maestro de armas.*

El margrave RUDEGER.

IRING. . . . }
THURING . } *Reyes del Norte.*

WERBEL. . }
SWEMMEL. } *Músicos de ATILA.*

UTE.

KRIEMHILD.

GOTELINDE, *esposa de RUDEGER.*

GUDRUN, *su hija.*

Un PEREGRINO.

Un HUNO.

ECKEWART. . .

OTNIT, *niño.*

} *Personajes que no hablan.*

ACTO PRIMERO

Worms. Gran sala de recepción.

ESCENA PRIMERA

El rey GUNTHER en el trono. Todos los burgundios.

HAGEN, DANKWART, GERENOT, GISELHER, UTE.

Los embajadores de ATILA. RUDEGER.

GUNTHER

Si queréis, noble Rudeger, podéis desempeñar vuestra misión, pues los burgundios están reunidos en torno a mí.

RUDEGER

Por lo tanto, en nombre de mi señor, que en todas partes reina y dispone y sólo ante vosotros aparece como suplicante, te pido para su esposa a Kriemhild, tu regia hermana. Pues sólo ella es digna de suceder a la que, con amargo dolor, él ha perdido, y tendrá que quedar viudo si le negáis a la única que puede reemplazar a Helke y reconciliar con una nueva elección al pueblo que la llora, como

si con su pérdida cada cual hubiera perdido algo suyo.

GUNTHER

Si tú puedes decir de tu regio señor que muy raras veces ruega, observa también que nosotros sólo rara vez damos gracias. Pero Atila ha levantado a tal altura el obscuro trono de los hunos y tallado su bárbaro nombre en las espaldas de tantos pueblos, que con gusto me levanto y te digo: Te damos las gracias y nos sentimos muy honrados.

RUDEGER

¿Y qué otra respuesta debo llevarle?

GUNTHER

Si no hacemos sonar las trompetas y no encendemos las hogueras de San Juan en todos los montes, no creas que nuestro orgullo de príncipe reprime la explosión de nuestro júbilo y que pedimos más de lo que tú ofreces; bien sabes que Kriemhild es viuda.

RUDEGER

Sí, como Atila viudo. Y precisamente eso da garantías de dicha y bendición a su enlace, y lo consagra y da nobleza y firmeza. Ya no buscan, como en la primera embriaguez de la inexperta juventud, una felicidad sin límites; sólo buscan consuelo, y aunque Kriemhild bese con lágrimas a su nuevo esposo y a él le dé un temblor entre sus brazos, cada

uno de ellos pensará en silencio: ¡Es por el muerto!, y estimará doblemente a su cónyuge.

GUNTHER

¡Así debía ser! Pero a pesar del largo plazo transcurrido desde el desgraciado día que le arrebató a ella su esposo y a mí un hermano, Kriemhild, hasta este momento, más tiempo que entre nosotros permanece al lado de la tumba de Siegfried, en el monasterio de Lorsch. Evita toda alegría con tanta angustia como otros un crimen, aunque sólo sea una mirada a los resplandores del crepúsculo o a un bancal de flores en tiempo de las rosas. ¿Cómo habrá de concertar nueva unión matrimonial?

RUDEGER

¿Es grato para vosotros? ¿Permitiréis que yo mismo pueda expresarle los deseos de mi señor?

GUNTHER

Deseamos para ella esa nueva felicidad y para nosotros ese nuevo honor. Acerca de todo lo demás os daremos respuesta después de haber celebrado consejo. Por ahora recibe una vez más nuestras gracias. (*Vase* RUDEGER.)

ESCENA SEGUNDA

HAGEN

¡Por nada del mundo!

GUNTHER

¿Por qué no si ella quiere?

HAGEN

Si no quisiera podrías forzarla, pues también dispones libremente de su mano de viuda. Pero antes dejaba yo que le pusieran cadenas que no que se fuera con los hunos.

GUNTHER

¿Por qué?

HAGEN

¿Por qué? Ya esa sola pregunta me pone fuera de mí. ¿Es que no tenéis memoria? ¿Tengo que recordarte lo ocurrido?

GUNTHER

(Señalando a UTE.) No olvides...

HAGEN

¿Tu madre? ¡Basta de fingimientos! ¡Lo sabe desde hace mucho tiempo! ¡Ah! Ni una sola vez volvió

a tenderme la mano desde nuestra cacería; tam-
poco a ti volvió a besarte.

GUNTHER

Así es. Y ya que tú mismo, en tu obstinación, osas deshacer con tu soplo la delgada capa de niebla que cubre el secreto de nuestra casa; ya que tú mismo pisoteas el miserable césped que ha cubierto esta ensangrentada sepultura y me arrojas a la cara sus huesos; ya que ahogas el último resto de vergüenza y señalas con befa la venenosa cosecha que ha brotado de tu siembra, acepta también que, si- quiera una vez, me abra el pecho y te maldiga a ti y a tu consejo y te jure que si no hubiera sido tan joven, en modo alguno me habrías fascinado tan ruinmente, y que ahora, ahora te prohibiría con horror lo que entonces dejé hacer por debilidad, no por odio.

HAGEN

Lo creo muy bien, pues ahora hace ya mucho tiempo que es Brunhild tu mujer.

GUNTHER

¡Mi mujer! ¡Sí! Mi mujer en tanto me impide el que tome otra, si no...

HAGEN

¿Hay aquí un secreto para mí?

GUNTHER

¡Puede ser! Muy bien sabes tú mismo cómo nos recibió después del hecho, cuando le llevé la primera copa de vino; aún nos maldijo más espantosamente de lo que lo había hecho Kriemhild y se inflamó en tal furor como jamás lo había mostrado después de vencida en el combate.

HAGEN

Necesitaba tiempo para conformarse.

GUNTHER

Cuando le advertí que ella misma lo había mandado hacer, me tiró el vino a la cara y se rió como aun no he oído reír a la Humanidad... ¿No fué así? Si no di que miento.

HAGEN

En efecto; pero después cayó desvanecida y todo estaba acabado para siempre.

GUNTHER

Sí, sí. Tan plenamente acabado como si de antemano hubiera consumido toda su eternidad en aquel único y breve momento con el fuego de su maldición, pues era ya como un cadáver cuando volvió a levantarse.

HAGEN

¿Como un cadáver?

GUNTHER

Sí, aunque come y bebe y mira absorta las ruinas. Tenías razón: sólo Siegfried estorbaba.

HAGEN

Creí... ¡No!

GUNTHER

La palabra más apacible no le arranca jamás ni una sonrisa, aunque en una hora feliz me hubiera apoderado yo de la graciosa boca de coplero de Volker, como tampoco la más dura le hace derramar ni una lágrima; no conoce ya el dolor ni la alegría.

UTE

Así es. Sólo que la vieja ama lo oculta.

GUNTHER

Mira abobada, como si su sangre estuviera enterrada y calentara las frías tripas de un gusano, según se dice en las viejas fábulas. El gusano es ahora más que su igual, y ella, menos, infinitamente menos que el gusano, hasta que dentro de cien o de mil años, según lo quiera la ciega casualidad, sea aplastado por su pie... Alégrate, Gerenot; la corona de Burgundia es seguramente para ti; no me dará herederos.

HAGEN

¿Están así las cosas?

GUNTHER

¿Te asombras de no haberlo sabido hasta hoy? Todo lo soporté en silencio, pero tú mismo has colocado hoy la luz sobre la mesa; ahora aguza la vista y mira a tu alrededor. En casa, rencor y discordia; fuera, deshonor. Si en algún rincón descubres cualquier cosa, muéstrame tu hallazgo.

HAGEN

Otra vez.

GUNTHER

Pero esta demanda de matrimonio puede librar-nos de la deshonor, y así como el cisne, al ver agua clara delante de sí, se zambulle en ella y se lava el polvo de su plumaje, así quiero yo trabajar en esta obra como aun no trabajé en nada en este mundo.

HAGEN

Rey mío, sólo puede ocurrir una de estas dos cosas: o Kriemhild amaba a su esposo como jamás mujer alguna amó al suyo...

GUNTHER

Soy el último que te lo impugnaría; sé que hay diferencias.

HAGEN

Pues entonces también tiene que odiarnos como jamás odió aún mujer alguna...

GUNTHER

¡A nosotros? ¡A ti quizá!

HAGEN

¡Cierto que habrá diferencia! Y si nos odia así, tiene que abrazarse por mostrarlo, pues ni el propio amor es tan ávido de besos y abrazos como el odio furioso de matanza, sangre y muerte; y si los largos ayunos dañan al amor, el odio se pone cada vez más hambriento.

GUNTHER

Tú puedes saberlo.

HAGEN

Sí lo sé, y por eso te advierto.

GUNTHER

Estamos reconciliados.

HAGEN

¡Reconciliados! ¡Por los dioses sin nombre! Si yo no fuera tu vasallo, tu más fiel vasallo; si cada gota de mi sangre no latiera por ti como el corazón entero de los demás; si yo no presintiera siempre, y con frecuencia más hondamente que tú mismo cuando llega a ser realidad, lo que tú sólo sientes cuando te hiere, me callaría ahora y ni siquiera me reiría, pues tales palabras ni aun merecen la admo-

nición que va contenida hasta en la mofa. ¡Reconciliados! Sí, sí; por último, presentó su mejilla (*Señalando a GISELHER y UTE.*), porque éste se lo rogaba todos los días y aquélla lloraba y... ¿Bebisteis también? Ni siquiera lo creo; pero con eso no fué cancelada la cuenta; no, la reconciliación vino a sumarse como una nueva partida y la deuda se hizo aún más grande.

UTE

¡Piensas de mi hija como de ti mismo! Tú puedes presentar la mejilla y sentir sólo que la boca carezca de dientes venenosos; pero ella no profanará el santo signo que puso fin a toda querrela entre los hombres desde que la tierra existe.

HAGEN

Los Nibelungos asesinaron a su padre por el oro, y ese mismo oro es el que trajo al Rin Siegfried. ¿Quién lo habría pensado antes de que lo hicieran? Sin embargo, ocurrió, y aun volverá a ocurrir con frecuencia.

GERENOT

En todas las cuestiones oigo con gusto tu consejo, pero no en ésta. Traspasaste a Kriemhild el odio que le tenías a Siegfried.

HAGEN

¡Mal me conoces! Muéstrame el país que no tenga camino de vuelta para el nuestro, y quiero con-

quitarlo para ella y levantarle un trono tan alto como desee; pero tengo que aconsejar que no le deis armas si puede alcanzaros con ellas. ¿Creéis que le he robado el tesoro para herirla de nuevo? ¡Oh, no! Respeto su dolor y no me irrito porque me maldiga. ¿Quién no desearía para sí una mujer como ella? ¿Quién no querría tener una mujer que es ciega para todo mientras el marido vive, y que, cuando muere, aun se querella con la tierra porque no brilla y reluce donde está sepultado? Sólo lo hice porque era necesario.

UTE

No hubiera debido hacerse.

HAGEN

La reconciliación fué mal confirmada con ello, es verdad. (A GUNTHER.) Y casi dudo de que te considere sin culpa, aunque poco antes habías abandonado el país, toda vez que dejaste de castigar al ladrón a tu regreso. Pero no era posible prescindir de hacerlo, pues con ese tesoro habría ganado un ejército.

UTE

¡Un ejército! No pensaba en tal cosa.

HAGEN

Todavía no, ya lo sé. Llenaba con el oro de Siegfried las abiertas manos que se le tendían a derecha e izquierda, y no se preocupaba de si cada uno

LOS NIBELUNGOS.—T. II.

2

venía una o diez veces. Ese es el medio de ganar amigos y de conservarlos.

UTE

Sólo lo hacía en memoria de Siegfried, y no volverá a verse en el mundo imagen como la suya, con sus negros trajes de luto, siempre húmedos los bellos y graves ojos, repartiendo entre los implorantes las piedras preciosas y el rojo oro, no pocas veces lavado con sus lágrimas: el más alto dolor elegido por el Destino para derramar la dicha más alta.

HAGEN

Eso pensaba yo precisamente. Sí, era una imagen capaz de conmover las piedras. Y como el beneficio pesa y cada cual, para aliviarse la carga, desea dar las gracias de cualquier manera, entre los muchos miles de personas que poco a poco tenían que irse reuniendo en torno suyo, habría acabado por haber alguno que le preguntara: «¿Por qué lloras?» para desenvainar la espada a la menor señal y vengar a aquel que mató al dragón y trajo al país el rico tesoro.

UTE

Y esa señal... ¿crees tú que la habría hecho jamás Kriemhild? ¿No es mujer? ¿No soy yo su madre? ¿No es el rey su hermano? ¿Y no le son queridos hasta este día Gerenot y Giselher?

HAGEN

Me parece como si oyera hablar a Siegfried. Los

cuervos le avisan trazando círculos a su alrededor; pero él piensa: «Estoy con mi cuñado», y les arroja el zorro y les hace huir.

GUNTHER

¡Bueno!... Sólo se trata de saber de qué boca podrá oír con más gusto la primera palabra. (*A UTE.*) De la tuya, según creo. Habla, pues, con ella. (*Vanse todos.*)

ESCENA TERCERA

Aposento de KRIEMHILD.

KRIEMHILD

(*Da de comer a sus pájaros y a su ardilla.*) Tan a menudo me he admirado de los viejos que quieren tanto a los animales, y ahora lo hago yo misma.

ESCENA CUARTA

Entra UTE.

UTE

¿Otra vez ya con la mano en el cesto del trigo?

KRIEMHILD

Ya sabes que aun soy lo bastante rica para esto

y les tengo cariño. Están contentos a mi lado; cada uno puede huir en cuanto quiera, pues están abiertas tanto la jaula como la ventana; pero se quedan conmigo. Hasta la ardilla—esta obra dominical del Creador, cansado del trabajo, que la formó tan linda como a ninguna otra cosa, pues este hermoso pensamiento sólo se le ocurrió después de la noche solemne del descanso—, hasta la ardilla ha llegado a ser como un niño para mí. ¡Cómo no iba a quererlos!

UTE

Como quieras; pero dañas a las personas, pues nos privas de lo que derrochas con ellos, y somos más que ellos, sin embargo.

KRIEMHILD

¡Quién sabe! ¿Hay algún hombre que haya acompañado más allá de la muerte al noble Siegfried? Ni siquiera yo, pero sí su fiel perro.

UTE

¡Hija mía!

KRIEMHILD

Se metió debajo del ataúd e intentó morderme cuando le ofrecí comida, como si quisiera inducirlo a un pecado. Yo maldije y juré, pero después comí. Perdóname, madre; pero me fué tan mal entre los hombres, que tengo que probar si el salvaje bosque no contendrá criaturas mejores.

UTE

No hablemos más de eso. Tengo algo que decirte.

KRIEMHILD

(*Sin escucharla.*) Y lo creo así. El feroz león respeta al durmiente; la Naturaleza lo ha hecho demasiado noble para que mate lo que no puede defenderse. Ciertamente que desgarrará al que está despierto; pero sólo por hambre, por la misma necesidad que también azuza al hombre contra el hombre, no porque le envidie el semblante y no quiera que tenga el paso libre y orgulloso, cosa que entre nosotros convierte en asesinos a los héroes.

UTE

Pero la serpiente muerde y no vacila mucho tiempo en si lo ha de hacer por la espalda o de frente.

KRIEMHILD

Si se la pisa. Tampoco con la lengua, que necesita para matar a su enemigo, puede jurarle que le quiere besar. Están en guerra con nosotros porque hemos quebrantado la santa paz de Dios, y se reconcilian con cada uno tan pronto como quiera hacerlo. Debía haber huído a su lado con mi hijo en los brazos, pues recordando una primitiva fraternidad de la mañana del mundo, protegen al hombre desnudo, al expulsado y abandonado, que renuncia y traiciona a su estirpe. En vuestra lengua

le habría hecho saber lo que se ha cometido conmigo, y ellos, en la suya, le habrían susurrado cómo debía vengarse. Y si después, llegado a hombre, hubiera salido del oscuro bosque con la pesada maza de roble en la mano, todos lo habrían acompañado en densos escuadrones, como al rey los suyos, desde el león hasta el más tímido gusano.

UTE

También le enseñarán a maldecir a orillas del Rin, porque el padre de Siegfried tiene derecho a ello, y su madre no puede ya impedirlo. Pero mejor hubiera sido que lo hubieras conservado contigo.

KRIEMHILD

¡Oh, calla! ¡Calla si no quieres que dude también de ti! ¡Ah, el hijo de Siegfried en la corte de los Nibelungos! No le habrían dejado llegar a echar el tercer diente.

UTE

Pagas caro el haber rechazado de ti el consuelo que te ofreció la Naturaleza.

KRIEMHILD

Me basta con haber substraído el niño a los asesinos tan pronto como oí su primer vagido, y jamás olvidaré que Giseller me ayudó tan fielmente a hacerlo.

UTE

Recibes el castigo, pues ahora tienes que ape-
garte a esos. (*Señalando los pájaros.*)

KRIEMHILD

¿Por qué me atormentas? Supongo que sabrás cómo están las cosas. Ponle a una muerta su hijo sobre el corazón y pídele que dé leche; antes brotará de nuevo de su rígido pecho la sagrada fuente de la Naturaleza, que no que despierte mi alma de su sueño invernal, que jamás cayó tan profundamente sobre ningún animal, hasta su propio corazón, como sobre mí ha caído. Había llegado a tal punto, que mis sueños se mezclaban con la vigilia, y que se oponían al canto matinal del animoso gallo: ¿acaso podía yo ser madre? Tampoco quiero nada de él; no fué nacido para consolarme, tiene que matar al asesino de su padre; cuando lo haya hecho, nos besaremos, y después nos separaremos para siempre.

ESCENA QUINTA

Entran GISELHER y GERENOT.

GERENOT

¿Qué hay, madre, qué hay?

UTE

Aun no hablé de eso.

GISELHER

Pues hablaremos nosotros.

KRIEMHILD

Pero ¿qué día es hoy para que todos mis parientes se reúnan así a mi lado? ¿Es la Resurrección?

GERENOT

Ya hace tiempo que fué. Ahora se ahorra leña para la hoguera de San Juan y se clava apretadamente el puerro en la viga. ¿Se te olvidó tan por completo el calendario?

KRIEMHILD

Desde que ya no me importan tanto las tortas olvido todas las fiestas. En cambio, estad bien alegres vosotros.

GERENOT

No lo estaremos mientras lleves vestidos de luto. Además, venimos para arrancártelos, pues... (A UTE.) No, madre; mejor es que tú...

KRIEMHILD

¿Qué ocurre que se vuelve tan de repente?

UTE

Hija mía: si otra vez, como en otro tiempo, quisieras esconder tu cabeza en mi pecho...

KRIEMHILD

Apártenos Dios a ti y a mí del amargo día en que volviera a ser necesario. ¿Has olvidado...?

GERENOT

¡Ay, ni una palabra de eso!

UTE

Pensaba en la niñez.

GISELHER

No sois capaces de acabar. ¡Vamos! Muchas veces os saqué de apuros, y quiero hacerlo otra vez, ya me censuréis o me alabéis por ello. (A KRIEMHILD.) ¿No oíste las sonoras trompetas y el ruido de armas y caballos? Eso significa que un noble rey pretende tu mano.

UTE

Así es.

KRIEMHILD

¿Y mi madre cree necesario anunciármelo? Yo habría creído que la más torpe de las criadas que nos sirve en la cuadra sería mujer bastante para decir el no en mi nombre. ¿Cómo es posible que puedas preguntar?

UTE

Te ofrecen una corona.

KRIEMHILD

Por mofa.

UTE

¿Sería yo acaso la mensajera de esa mofa?

KRIEMHILD

A ti ni siquiera puedo comprenderte. (*A los hermanos.*) Vosotros sois jóvenes, no sabéis lo que hacéis; os lo recordaré cuando también haya sonado vuestra hora. (*A UTE.*) Pero tú... ¿Hasta en la muerte debería renegar de mi noble Siegfried? ¿Esta mano, santificada por él con su presión última, iba a ser puesta en la de otro? ¿Mancharía estos labios, que desde que él murió sólo besaron la tumba en que descansa? ¿No basta que no le pueda proporcionar ninguna expiación, sino que además aun debo disminuir sus derechos y enturbiar su memoria? Pues a los muertos se les mide por el dolor de los vivos, y si se casa la viuda, piensa el mundo: Es la peor de todas las mujeres, o ha tenido por marido al peor de los hombres. ¿Cómo puedes creerlo?

UTE

Ya lo rechaces o ya lo aceptes, siempre te muestra que tus hermanos desean de corazón que puedas encontrar aún alguna alegría.

GISELHER

Sí, hermana, es verdad. Lo mismo puede decirse del rey que de nosotros. Si hubieras oído cómo reprendió al de Tronie porque se oponía, y cómo, sin

cuidarse de su consejo, hizo lo que le pareció, le perdonarías ahora de corazón, como hace tiempo que le perdonaste con la boca.

KRIEMHILD

¿De modo que el de Tronie lo desaconsejó?

GISELHER

¡Ya lo creo que lo desaconsejó!

KRIEMHILD

Tiene miedo.

UTE

Cierto que lo tiene, hija mía.

GERENOT

Cree que tú podrías azuzar a Atila, pues nada menos que se trata de él, con todos sus hunos contra los burgundios.

UTE

¡Figúrate!

KRIEMHILD

Sabe lo que merece.

GERENOT

Pero no sabe que está tan seguro entre nosotros como uno de nosotros mismos.

KRIEMHILD

Puede que se acuerde de lo que le ocurrió a uno

mejor que él, que también estaba en medio de vosotros.

UTE

¡Dios mío, si lo hubiera yo sospechado!

GERENOT

¡Y si no hubiéramos sido todos tan jóvenes!

KRIEMHILD

Sí, erais demasiado jóvenes para protegerme, pero de edad bastante para defender al asesino cuando cielo y tierra juntos lo acusaban.

UTE

¡No hables así! Has venerado al de Tronie exactamente lo mismo que ellos, y como ellos lo has querido. Si cuando niña te perseguía en sueños el feroz unicornio o te espantaba el pájaro grifo, no era tu padre quien vencía al monstruo: por la mañana te echabas al cuello de tu tío, y con el primer beso le dabas gracias por acciones que no eran conocidas de él mismo.

GISELHER

¡Sí, sí! Y si los viejos escuderos en las caballerizas nos contaban del tonante Thor que creíamos que amenazaba, al lívido resplandor de los relámpagos, a través de los agujeros del techo, se nos aparecía bajo el aspecto de Hagen al arrojar su lanza.

GERENOT

Te conjuro para que por fin dejes que de una vez se olvide lo pasado. Ya has llorado bastante a tu héroe, y aunque en el primer dolor hubieras prometido consagrar a cada una de sus nobles cualidades un año entero lleno de lágrimas, ya habrías acabado y estaría cumplido tu juramento. Por lo tanto, seca tus ojos y empléalos en mirar en vez de llorar; el señor Atila es bien digno de la primera mirada; al muerto no puede devolvértelo nadie; aquí tienes al mejor de los vivos.

KRIEMHILD

Ya sabéis que yo no quiero más que una cosa en este mundo, y jamás dejaré de demandarla hasta que haya exhalado el último aliento.

ESCENA SEXTA

Entra GUNTHER.

GUNTHER

(A los hermanos.) ¿En qué estamos?

KRIEMHILD

(Se postra ante él.) Mi señor, mi hermano, mi rey: humildemente te ruego que me escuches.

GUNTHER

¿Qué quiere decir esto?

KRIEMHILD

Si realmente hoy, como me han dicho, te mostraste como señor por primera vez...

GUNTHER

¡Por primera vez!

KRIEMHILD

Si ya no llevas la corona y púrpura como puro adorno y la espada y cetro como mofa...

GUNTHER

¡Hablas mordazmente!

KRIEMHILD

¡No querría hacerlo! Pero si es así, y si por fin, tras tu coronación, va a venir el asentarte sobre el trono...

GUNTHER

¡Suponlo así!

KRIEMHILD

Entonces ha llegado un gran día para aquellos que han padecido una gran injusticia, y como reina de todos los que sufren dolores en el país, soy la primera que comparezco ante ti y presento querrela contra Hagen Tronie.

GUNTHER

(Golpea el suelo con el pie.) ¡Siempre lo mismo!

KRIEMHILD

(Levántase lentamente.) El cuervo que revolotea en el bosque alrededor del desierto sitio donde ocu-

rrió el hecho no cesa jamás en sus giros y graznidos hasta que despierte del sueño al vengador. Si vió derramarse la sangre del inocente, no vuelve ya a encontrar paz hasta que también sea derramada la del asesino. ¿Debe avergonzarme un animal que no sabe por qué grita y que, sin embargo, prefiere pasar hambre a desatender su obligación? Mi rey y señor: pido justicia contra Hagen Tronie y seguiré pidiéndola hasta mi muerte.

GUNTHER

Es inútil.

KRIEMHILD

¡No lo decidas tan pronto! Aunque des menos importancia a tu pobre hermana y su dolor de la que ella le dió a tu mano, en tiempos mejores, cuando te la había desgarrado el ciervo furioso; aunque niegues fríamente el más pequeño consuelo y ahuyentes de tu lado con sombrío ceño al dolor, que bien puede decir: «Si hay algún otro igual a mí en la tierra, quiero réirme y mofarme de mí mismo y bendecir a todos los que antes he maldecido.» Reflexiónalo bien y retira tu palabra. Pues yo no soy la única que pide justicia, la pide todo el país conmigo; el recién nacido emplea en ello su primer aliento, su postrero el anciano, el novio y la novia el más precioso; si quieres citarlos, verás horrorizado que comparece delante de tu trono cada edad y cada clase social. Pues este asesinato pende sobre todos ellos como una nube tempestuosa próxima a reventar, y a cada momento los amenaza más

terriblemente. Las embarazadas le tiemblan al parto porque no saben si no habrá madurado un monstruo en su materno seno, y a muchos les parece ya un milagro de la Naturaleza el que aun sigan alumbrándonos el sol y la luna. Si descuidas tu función real, bien podría ser que tuvieran que acogerse a sus propias fuerzas, como ocurría antes de que hubiera reyes, y si todos se levantan furiosamente en armas, ya que tú tienes miedo, capaces son de llegar a ser aún más temibles que el de Tronie.

GUNTHER

¡Que lo hagan!

KRIEMHILD

Hablas como si te mostrara un vestido con sangre seca, como si jamás hubieras visto al héroe por cuyas venas circulaba, como si jamás hubieras oído su voz ni sentido la caliente presión de sus manos. ¿Es posible esto? Pues entonces, ¡oh tierra, tíñete por todas partes con el color con que el horrible asesinato te tiñó entre los burgundios! ¡Empápate en un matiz rojo sombrío! ¡Quítate el verde vestido de la esperanza y la alegría! ¡Avisa a todo lo viviente de este hecho sin nombre! Y ya que se me niega, ¡pídele a toda la estirpe humana la satisfacción de este crimen!

GUNTHER

¡Basta! Yo vine aquí con un propósito que merece gratitud. (*A UTE.*) ¿Has hablado con ella? (*Ante una seña afirmativa de UTE.*) Bueno, bueno... No

quiero preguntarte la respuesta; el mismo mensajero puede recibirla para que vea que decides libremente. Espero que le darás audiencia. Es el viejo margrave Rudeger; lo exige la costumbre y él lo solicita.

KRIEMHILD

El margrave Rudeger será muy bien venido.

GUNTHER

Pues te lo envío. (*A UTE y los hermanos.*) Dejadlos también solos vosotros. (*Vanse todos.*)

ESCENA SEPTIMA

KRIEMHILD

¡Tiene miedo! ¡Tiene miedo de Hagen Tronie, y Hagen Tronie, según oigo, lo tiene de mí!... ¡Podrá ser que llegue a tener motivo! ¡Aunque el mundo me injurie al principio, tendrá que volver a alabarme cuando vea el final!

ESCENA OCTAVA

Entra RUDEGER con su acompañamiento.

KRIEMHILD

¡Bien venido, margrave Rudeger! Pero decid: ¿es verdad lo que se me anuncia, que estáis aquí como mensajero?

RUDEGER

Así es. Pero sólo como mensajero de Atila, que ni un solo cetro dejó sin romper en manos de reyes, fuera del de los Nibelungos.

KRIEMHILD

¡Es lo mismo! ¡No por eso estoy menos asombrada! Hace mucho tiempo que habéis sido celebrado delante de mí. Una aventura, y Rudeger que se la había arrebatado a otro, siempre fueron nombrados aquí juntos; y si se os puede enviar como mensajero, habría, por lo menos, que reservaros hasta que se os enviara a buscar lo mejor de la tierra.

RUDEGER

Eso es lo que ha hecho mi rey y señor.

KRIEMHILD

¿Cómo, Rudeger, solicitas a una viuda y vienes a buscarla a la cueva de los asesinos?

RUDEGER

¿Qué dices, reina?

KRIEMHILD

Las golondrinas huyen de aquí y las pías cigüeñas no retornan ya a sus nidos centenarios; sin embargo, el rey Atila se presenta como pretendiente.

RUDEGER

Siniestras son las palabras que pronuncias.

KRIEMHILD

¡Más siniestros son los hechos que presencié! ¡No finjas! Tú sabes cómo murió Siegfried, aunque no hayas oído más que la canción de cuna con que se espanta ahora a los niños en el Rin.

RUDEGER

¿Y aunque lo sepa...?

KRIEMHILD

El rey Atila es todavía pagano, ¿no es verdad?

RUDEGER

Si lo pides, se hará cristiano.

KRIEMHILD

Que siga siendo lo que es... No quiero engañarte, Rudeger; mi corazón está muerto, como lo está aquel por quien latía; pero mi mano tiene un precio.

RUDEGER

Ofrezco un reino que no tiene fronteras en la tierra.

KRIEMHILD

Un reino es poco o es mucho. ¿Cómo se reparte entre vosotros? Para el hombre, la espada, la corona y el cetro, ¿no es verdad?; y para la mujer, los oropeles, los trajes bordados... No, no; yo necesito más.

RUDEGER

Sea lo que quiera, está concedido aun antes de que puedas pedirlo.

KRIEMHILD

¿El rey Atila no me negará ningún servicio?

RUDEGER

Respondo yo de ello.

KRIEMHILD

¿Y tú?

RUDEGER

Aquello de que yo sea capaz es tuyo, hasta mi último aliento.

KRIEMHILD

Júrame eso, señor margrave.

RUDEGER

Os lo juro.

KRIEMHILD

(*Aparte.*) ¡Conocen el precio que pongo, estoy segura de ello! (*A los sirvientes.*) ¡Los reyes!

RUDEGER

Entonces ¿tengo tu palabra?

KRIEMHILD

El rey Atila es conocido también en Burgundia, y quien oye su nombre piensa primero en sangre y

fuego, y solo después en un hombre... Cierto que tienes mi palabra... Se dice que la corona tiene que caérsele derretida por la cara abajo, fundírsele entre las manos su espada ardiente, para que cese en el asalto. Este es el hombre para ello; será para él una voluptuosidad.

ESCENA NOVENA

Entran UTE y los reyes.

KRIEMHILD

Lo he meditado y me someto a vosotros. Señor margrave Rudeger: dadme la mano; la cojo como si fuera la de Atila, y soy desde ahora reina de los hunos.

RUDECER

¡Os rindo homenaje! (*Desenvaina la espada, lo mismo que los suyos.*)

UTE

Y yo, yo te bendigo.

KRIEMHILD

(*Retirándose de su lado.*) ¡Déjalo! ¡Déjalo! ¡Tu bendición carece de fuerza! (*A los reyes.*) Pero vosotros... ¿Me acompañaréis como es lícito exigirlo a la hija del rey Dankrat y como puede esperarlo el señor del mundo? (*GUNTHER guarda silencio.*)

RUDEGER

¡Cómo: ¿No?

KRIEMHILD

¿Me negáis mi derecho de princesa? (*A RUDEGER.*) Señor margrave: preguntad al rey Gunther por qué lo he perdido.

GUNTHER

No niego nada; pero tengo razones para guardar ahora el Rin, y os ruego, señor margrave, que entreguéis mi hermana, en mi nombre, al señor que ella se ha elegido y me disculpéis por no hacerlo en persona. Más tarde iré a ver cómo la trata.

KRIEMHILD

¿Das tu regia palabra de que lo harás?

GUNTHER

Ya está dada.

RUDEGER

Pues yo la recibo.

KRIEMHILD

Ahora, una última visita a la tumba de Siegfried. Tratad mientras tanto de las restantes cosas. (*Se presenta ECKEWART.*) Mi fiel Eckewart ha mecido mi cuna, y aun cuando todos los otros me abandonen, de fijo que no faltará él detrás de mi féretro. (*Vase.*)

ACTO SEGUNDO

Orillas del Danubio.

ESCENA PRIMERA

GÜNTHER, VOLKER, DANKWART, RUMOLT *y gran acompañamiento.* WERBEL *y SWEMMEL ante el rey.*
Más tarde se hace visible la barca que conduce a HAGEN, el CAPELLÁN, etc.

WERBEL

Danos por fin licencia para que nos retiremos, insigne rey. Nos necesitan en casa, pues, a lo sumo, saben distinguir el arco del violín de la lanza, pero no usarlo, y a los que se despiden de ti como graves emisarios volverás a verlos como ágiles violeros cuando hagas tu solemne entrada.

GUNTHER

Aun tenéis tiempo. Pienso descansar en Bechlarn en casa del viejo Rudeger, y hasta allí llevamos el mismo camino.

WERBEL

Conocemos uno más breve y tenemos que apresurarnos.

GUNTHER

Bueno, pues partid.

WERBEL

Te damos gracias. (*Quiere irse con SWEMMEL.*)

RUMOLT

¿Os olvidáis de los presentes? Esperad, pues, hasta que lleguen.

WERBEL

(*Volviéndose con SWEMMEL.*) Es verdad.

RUMOLT

Ya se acerca el barco.

VOLKER

Lo encuentro extraño. Primero rechazan los ricos presentes y después los dejan olvidados. (*Súbitamente, a WERBEL.*) ¿Aun está siempre tan triste Kriemhild?

WERBEL

¿No os dijimos que parece tan alegre como si nunca hubiera conocido la pena?

VOLKER

Eso dijisteis.

WERBEL

Pues ¡entonces!

VOLKER

Tiene que ser un milagroso país ese en que reina

Atila. Creo que quien plante rosas blancas las cogerá rojas, o al contrario.

WERBEL

¿Por qué?

VOLKER

Por haber cambiado tanto Kriemhild. Jamás la hemos visto alegre; ya, cuando niña, era silenciosa su alegría y sólo se reía con los ojos.

RUMOLT

Llega Hagen con el último cargamento.

VOLKER

¿En qué se manifiesta, pues, su alegría?

WERBEL

Ya lo veréis. Ama las fiestas y os invita para la mayor de todas. Nos hacéis extrañas preguntas. ¿No es natural que os envíe emisarios si vosotros, contra lo que habéis prometido, no os presentáis espontáneamente? Tanto como la reina sobrepasa a nuestras mujeres en majestad y belleza, encuentran raro éstas, y con razón, que su familia no se preocupe de ella, como si fuera su afrenta y no su orgullo. Si no se le pone remedio, la envidia llegará a dudar de su regio nacimiento, y por eso os recuerda vuestra palabra.

VOLKER

Pues bien: venimos para la fiesta del sol, y como

veis (*Señalando a la escolta.*), en todo nuestro esplendor.

WERBEL

Con un ejército, sí, sí. Apenas cuenta Atila con tantos huéspedes; por eso tenemos que adelantarnos. (*Van hacia la barca, que atraca en aquel momento, y desaparecen rápidamente.*)

VOLKER

¡Hablan con falsedad! ¡Es evidente! Pero también es verdad que Kriemhild tiene que desear vernos allí.

RUMOLT

Y sería necio creer que hubiera convencido al segundo marido para que arriesgara trono y cabeza por el primero; sería un absurdo, y es para hacer reír; pero bien puede ser que ocurra algo en secreto.

VOLKER

Ya que empleamos nuestros ojos en nuestra propia guarda, ¿qué tendremos que temer? El de Tro- nie es como si tuviera mil, y son bastantes hasta para la media noche.

HAGEN

(*Que inmediatamente después de llegar la barca ha saltado a tierra y observado la faena de la descarga.*) ¿Está ya todo aquí?

DANKWART

Con excepción del sacerdote. (*Señalando al CAPELLÁN.*) Empaqueta antes los trastos de la misa.

HAGEN

(*Vuelve a saltar la barca y se arroja sobre el CAPELLÁN.*) ¡Cuidado! (*Lo arroja por la borda.*) Ahí se queda como un perrito nuevo y vuelve a mí toda mi virilidad.

VOLKER

(*Que ha saltado tras él.*) ¡Uf! ¡Uf! ¡Hagen: esto no es propio de ti!

HAGEN

(*Secretamente.*) Tropecé con sirenas; cabello verde como juncos y azules ojos que me profetizaron... (*Se interrumpe.*) ¡Qué es eso? ¡Puedes nadar a pesar del brazo tullido? ¡Venga el remo! (*VOLKER se apodera de él y lo agarra firmemente.*) ¡El remo! ¡Si no salto tras él armado como estoy! (*Coge el remo y da un golpe en el agua.*) ¡Ya es tarde! ¡Es un pez!... De modo que es verdad y no sólo malicia.

CAPELLÁN

(*Grita desde la otra orilla.*) Rey: buen viaje. Yo me vuelvo.

HAGEN

Y yo... (*Saca su espada y destroza la barca.*)

GUNTHER

¿Te has vuelto loco para romper la barca?

HAGEN

La señora Ute ha tenido un sueño demasiado sombrío para que todos los servidores te acompañen alegres a atender a la invitación de Atila; pero ahora estás seguro hasta del último.

GUNTHER

¿Y retendré conmigo a quien se asuste de un sueño?

VOLKER

No fué por eso. ¿Qué tienes?

HAGEN

Apártate a un lado para que no nos oiga nadie. A ti sólo quiero comunicártelo. (*Secretamente.*) Tropecé con unas sirenas hace poco al ir a buscar el barco; flotaban sobre un antiguo manantial y semejaban pajarillos que saltaran entre la niebla, tan pronto visibles como perdidos entre el vapor azul. Me acerqué a rastras, y ellas huyeron de allí recelosas; sólo que les arranqué sus velos, y envolviéndose en sus cabellos y poniéndose a salvo en la copa de un tilo, me gritaron, zalameras: «Si nos devuelves lo robado, te predeciremos el porvenir, pues sabemos lo que os ocurrirá y lo anunciaremos fielmente.» Levanté los ropajes, que ondearon al

viento, y asentí con la cabeza; entonces comenzaron a cantar, y jamás he oído aún canción más hermosa, hablando de dicha, victoria y todo cuanto se puede desear.

VOLKER

Eso es mejor señal de lo que tú piensas. Pues como el insecto del buen tiempo y de la lluvia, así tienen ellas husmeos del destino, sólo que no les gusta hablar, porque pagan cada palabra con un año de vida y se hacen viejísimas, como el sol y la luna en el cielo; pero no son inmortales.

HAGEN

¡Tanto más abominable entonces! Les arrojé alegremente sus vestidos y me alejé corriendo. Pero entonces resonó en mi espalda una risa tan repulsiva y espantosa como si brotara de una laguna de miles de sapos y escuerzos, y me volví tembloroso. ¿Qué ocurría? Otra vez las mujeres, pero ahora con horrendas figuras. Me hicieron muecas y se mofaron de mí en un tono tan extrañamente castañeteante como si, en vez del ave, hablara ahora el pez, en que suele terminar su esbelto cuerpo: «Te hemos engañado; todos vosotros, si bajáis al país de los hunos, no volveréis a ver el verde Rin, y sólo regresará el hombre a quien desprecias más que a nadie en el mundo.

VOLKER

¿No será el clérigo?

HAGEN

Ya lo ves. Ciertamente que les contesté gritando burlesonamente: «Eso quiere decir que nos gustará tanto que por él nos olvidaremos de la patria.» Y me reí y silbé y pregunté por la barca; sin embargo, la cosa me hirió como un golpe y, créemelo, no acabaremos con bien. (*En alta voz.*) Ya se sabrá si se debe escuchar o no a Hagen Tronie, si Hagen Tronie advierte alguna vez de algo.

GUNTHER

¿Por qué entonces Hagen Tronie no se escucha a sí mismo y se queda atrás? Tenemos valor bastante para atrevernos, aun sin él, a emprender la espantable aventura que debe acabar entre los brazos de una hermana si es que al fin no nos amenaza un beso de nuestro cuñado.

HAGEN

¡Cómo! Yo ya no soy demasiado joven para morir. Me importa por ti y no por mí.

DANKWART

(*A HAGEN.*) ¿Qué sangre es ésta?

HAGEN

¿Dónde tengo sangre?

DANKWART

(*Moja un dedo en ella y se lo enseña.*) ¡Eh! Te

cae en claras gotas por la frente abajo. ¿No lo sientes tú mismo?

HAGEN

Es que no estará seguro mi casco.

GUNTHER

No, habla: ¿qué es?

HAGEN

Pagué en secreto el peaje del Danubio. Ya no te lo exigirán más; el peajero tiene su parte. (*Se quita el casco.*) Pero no sabía que le hubiera pagado tan espléndidamente.

GUNTHER

Entonces, al barquero lo has...

HAGEN

En efecto. Veo ahora que las mentiras tienen cortas las piernas. Me saludó con su grueso remo, y yo le di las gracias con mi tajante espada.

GUNTHER

¿A Gelfrat, el gigante?

HAGEN

Sí, al orgullo de los bávaros. Ahora lo arrastra el río, despedazado, como su barca. Pero no tengáis cuidado. Os pasaré a la otra orilla sobre mis hombros si otra vez buscáis aquí la barca.

GUNTHER

Sólo se necesita seguir así, y tu sabiduría de cuervo saldrá verdadera.

HAGEN

También lo saldrá aunque toquéis el violín. De uno u otro modo, estamos entre las redes de la muerte...

VOLKER

¡Cierto! ¿Es nuevo eso? Siempre lo estuvimos.

HAGEN

Eso es hablar, Volker mío; te doy las gracias. Así es, siempre lo estuvimos; no es cosa nueva, y hasta tenemos una ventaja sobre todos los otros que tienen que morir: conocemos a nuestro enemigo y vemos la red...

GUNTHER

(Interrumpiéndole dura y groseramente.) ¡Fuera, fuera de aquí! Si no, el duque de Baviera hará que le paguemos el peajero muerto lo mismo que el peaje, y el rey Atila se queda sin su diversión. *(Vase con los suyos, menos HAGEN y VOLKER.)*

HAGEN

Lo juro por los dioses sin nombre: a quien me empuje al abismo lo arrastraré conmigo.

VOLKER

Te ayudaré a ello. Pero tengo que decirte una cosa: hasta este momento he pensado como los otros.

HAGEN

Yo también. Sólo lo sé desde que oí profetizar a esas mujeres. ¡Así es el hombre! ¡Peste sobre él y sobre mí!

VOLKER

Y aun ahora querría dudar...

HAGEN

No, Volker mío; estaría mal. Ya está hecha la prueba.

VOLKER

Pero también es verdad todo lo que dijo Ute; es mujer, y para vengar a su esposo tendría que matar a sus propios hermanos y a su vieja madre con ellos.

HAGEN

¿Cómo?

VOLKER

Los reyes te cubren a ti y Ute cubre a los reyes. ¿No se la hiere a ella también si se hiere a sus hijos?

HAGEN

Cierto.

VOLKER

¿Y acaso una mujer lanzaría una flecha que an-

LOS NIBELUNGOS. — T. II.

tes de que pueda arañarte la piel tiene que atravesar todos esos corazones?

HAGEN

Estoy preparado, venga lo que viniere.

VOLKER

A todos nos he visto ensangrentados en sueños; pero teníamos las heridas por la espalda, como las hace el asesino, no el héroe; por lo tanto, no temas mas que celadas, amigo mío. (*Vanse ambos.*)

ESCENA SEGUNDA

Bechlarn. Sala de recepción. GOTELINDE, por una parte, con GUDRUN. RUDEGER, por la otra, con TEODORICO e HILDEBRANT. Detrás de ellos, IRING y THURING.

GOTELINDE

Me regocija veros en Bechlarn, noble Teodorico de Berna, y con no menos gusto os veo a vos, señor Hildebrant. Sólo tengo una lengua, y no puedo con ella saludar a la vez a dos valientes guerreros; pero tengo dos manos, que obedecen igualmente gustosas al corazón que late por vosotros con igual fuerza, y corrijo así la falta. (*Les tiende las manos.*)

TEODORICO

(*Durante los saludos.*) Palabras demasiado amables para tan viejos huesos.

HILDEBRANT

No lo encuentro yo así. Vuelvo a besarla, ya que aparece con doble figura delante de mí. (*Besa también a GUDRUN.*)

TEODORICO

El parecido es, en realidad, bastante grande para disculpar la equivocación. (*Besa igualmente a GUDRUN.*)

RUDEGER

Pues adelante.

TEODORICO

Aposté hoy con mi maestro de armas a ver quién es mayor loco. Con la cabeza castaña hemos andado a golpes, y besamos con la cabeza blanca.

GOTELINDE

(*A IRING y THURING.*) A vosotros, nobles señores de Dinamarca y Turingia, os vi yo tantas veces, que bien me será lícito trataros como amigos.

IRING

(*Durante el saludo.*) Al señor Teodorico le corresponde el primer lugar, aun sin eso. Donde él aparece, todos le ceden gustosos el paso.

TEODORICO

Si nos encontramos así reunidos, nosotros, los anulos, y vosotros, que procedéis del más lejano Norte, cada uno tajado más de cien veces en san-

grientos combates, como un roble marcado para el hacha por el cazador, pero nunca derribado, puedo creer que, sin saber nosotros mismos lo que hacíamos, hemos cogido la hierba que preserva de la muerte.

IRING

Es un milagro.

THURING

El milagro no es grande. En otro tiempo nos sentábamos en nuestro propio trono; ahora estamos aquí para saludar a los ensangrentados Nibelungos en nombre del príncipe de los hunos, y llevamos por mofa nuestras diademas. El rey Atila, en su orgullo, se ha formado una corte de reyes, y debía imaginar un nombre nuevo para sí que hiciera pensar a la vez en treinta coronas; mas nosotros hubiéramos hecho mejor en cambiar el cetro por una cayada de mendigo. El bastón de emisario, la vil cosa intermedia nos deshonra.

TEODORICO

También estoy yo entre vosotros y vine espontáneamente.

THURING

Es verdad; pero nadie adivina por qué lo hiciste, y Atila está tan asombrado como nosotros, puedes creerlo. Si estuvieras formado de mi misma madera, creería que habías acudido para jugar con el león y tragártelo, después que tuviera al oso y al lobo en el estómago; pero eso está muy lejos de tu

manera de ser, ya lo sé, y ya que haces totalmente por libre voluntad lo que nosotros por prudencia y semiobligados, tienes que tener asombrosas razones que nuestra torpe cabeza no puede comprender.

TEODORICO

Tengo razones y está próximo el día en que las conozcáis.

IRING

Ardo en deseo de saberlas, pues el que tú te inclines donde podrías mandar es tan raro, lo digo francamente, que limita con la afrenta; en especial el ponerte en camino para esto.

THURING

También yo lo creo así.

RUDEGER

No olvidéis el alto espíritu y los nobles modales de Atila. Le serviría gustoso yo también si fuera tan libre como Teodorico; pues él es igual a nosotros en nobleza; pero nosotros la obtuvimos fácilmente, heredada con la sangre de nuestras madres, mientras que él la extrajo de su propio pecho.

THURING

No es ese mi sentir; le sigo porque tengo que hacerlo; pero si yo fuera como éste...

IRING

Yo me consuelo con nuestros dioses, pues la misma tormenta que nos robó las coronas también los ha derribado a ellos, y si a veces me enoja que este aro (*Se toca la diadema.*) no brille, ni con mucho, como antes, entro rápido en la robleda de Wodan y pienso en aquel que ha perdido más que yo.

TEODORICO

¡Haces bien en eso!... La gran rueda del mundo va a ser montada de otra manera, acaso trastrocada totalmente, y nadie sabe lo que ocurrirá.

RUDEGER

¿Cómo es eso?

TEODORICO

Estuve cierta vez una noche sentado al borde del pozo de las nixas, sin saber yo mismo dónde me encontraba. Entonces escuché muchas cosas.

RUDEGER

¿Qué?

TEODORICO

¿Quién podría decirlo? Oyes una palabra, y no puedes comprenderla; ves una imagen, y no sabes explicarla, y sólo cuando sucede algo te acuerdas de que hace ya días y años que te lo ha hecho ver por encantamiento la norna en sus danzas de sombras. (*Suenan trompetas.*)

IRING

Se acercan los héroes.

THURING

Los asesinos.

RUDEGER

Ni una palabra de eso.

TEODORICO

Se me quedó pegado al oído un enigma que decía: «El gigante no debe temer al gigante, sino al enano.» ¿Lo hubieras resuelto tú? Pues desde la muerte de Siegfried lo comprendo harto bien.

GOTELINDE

(*A la ventana. Suenan las trompetas muy cerca.*)
Ahí están.

GUDRUN

Madre: ¿a quién debo besar?

GOTELINDE

A los reyes y al de Tronie.

RUDEGER

(*A los guerreros.*) Venid, venid, pues.

TEODORICO

Vosotros, para saludar; yo, para prevenir.

RUDEGER

¿Cómo?

TEODORICO

Sí. Si tienen en cuenta mis señales, beberán contigo y se volverán a su tierra. (*Al salir.*) Mantén separados el fuego y el azufre, amigo, pues no puedes apagar el fuego una vez que arde. (*Vanse todos.*)

ESCENA TERCERA

GOTELINDE

Acércate aquí, Gudrun: ¿por qué vacilas? No debemos mostrarnos indiferentes a tan nobles huéspedes.

GUDRUN

(*Se acerca también a la ventana.*) Madre: mira aquel, aquel pálido con hundidos ojos de muerto. De fijo que ése es el que lo ha hecho.

GOTELINDE

¿Qué es lo que ha hecho?

GUDRUN

¡La pobre reina! No estaba nada alegre cuando la boda.

GOTELINDE

¿Qué sabes tú de eso? ¿Si estabas dormida antes de que pudiera estarlo!

GUDRUN

¡Dormida! Ni una sola vez me quedé dormida en Viena, a pesar de lo niña que aun era entonces... Estaba sentada a la mesa con la cabeza caída, como si pensara en todo menos en nosotros, y cuando el señor Atila la tocaba, se estremecía como me estremezco yo si una serpiente se me acerca demasiado.

GOTELINDE

¡Uf, uf, Gudrun!

GUDRUN

Puedes creérmelo; sólo que vosotros no lo habéis notado. Otras veces alabas mi vista, sin embargo.

GOTELINDE

Cuando hay que buscar agujas.

GUDRUN

El padre me llama su calendario casero.

GOTELINDE

No lo hará más; te haces harto atrevida.

GUDRUN

¿Pues estaba alegre?

GOTELINDE

Como le corresponde a una viuda. No hablemos más de eso. *(Se retira de la ventana.)*

GUDRUN

Sólo se me acordó ahora cuando... (*Da un grito.*)
¡Aquí está!

ESCENA CUARTA

RUDEGER *entra con sus huéspedes y los Nibelungos.* GISELHER *llega más tarde y se mantiene apartado.*

HAGEN

¿Causamos espanto? (*Saludos generales. A GUDRUN.*) De fijo que será porque me han calumniado y hecho correr la noticia de que no sé besar. Ahí va la prueba. (*La besa; después a GOTELINDE.*) Perdonadme, noble dama. Estaba ansioso por defender mi fama y tenía que mostrar rápidamente que no soy ningún dragón. Pero aunque lo fuera, de fijo que un beso de esa boca de rosa me habría convertido en pastor, como no sucedió jamás ni en la más bella fábula. ¿Qué debo hacer? ¿Coger violetas? ¿Aprisionar corderos? Apuesto contigo un segundo beso a que las flores no perderán ni una hoja ni los corderos un vellón. Dime: ¿aceptas?

RUDEGER

Ahora la refacción. Está preparada al aire libre.

HAGEN

Déjanos primero examinar tus armas. (*Acércase*

a un escudo.) ¡Esto es un escudo! Querría conocer al maestro que lo forjó. Pero de fijo que no lo posees de primera mano.

RUDEGER

A ver si adivinas quién lo poseyó antes que yo.

HAGEN

(Descuelga el escudo de la pared.) ¡Eh, qué pesado! Muy pocos andan por ahí que no tengan que rechazar tal herencia.

GOTELINDE

¿Oyes, Gudrun?

HAGEN

Puedes dejarlo tirado donde quieras, como una piedra de molino; se guarda a sí mismo.

GOTELINDE

Gracias por esas palabras.

HAGEN

¿Cómo, noble señora?

GOTELINDE

Gracias, mil gracias. Mi padre Nudung fué quien lo usó.

VOLKER

Entonces tuvo razón cuando os hizo jurar que

no os casaríais con ningún otro guerrero sino con aquel que pudiera usar sus armas; ante el escudo, puede uno imaginarse fácilmente la espada.

HAGEN

Jamás había oído tal cosa. ¡Que tal violero haya de saberlo todo!

RUDEGER

Fué como él lo dice.

HAGEN

(Quiere volver a colgar el escudo.) Pues yo lamento sinceramente su muerte; perdonad, pero querría haber podido matarlo yo mismo; tiene que haber sido un arrogante héroe.

GOTELINDE

Dejad eso.

HAGEN

Ningún criado lo hace por mí.

RUDEGER

Está bien. Ya sabemos ahora lo que te agrada.

HAGEN

¿Crees tú? En efecto; iría muy bien con la Balmung que me dejó el valiente Siegfried, y no niego que colecciono armas.

RUDEGER

Sólo que no las tomas de primera mano.

HAGEN

Es verdad; prefiero las ya probadas. (*Vanse todos.*)

ESCENA QUINTA

VOLKER

(*Detiene a Giselher.*) Giselher mío, tengo que comunicarte una cosa.

GISELHER

¿Tú a mí?

VOLKER

Y también te pido un consejo.

GISELHER

Casi todo el tiempo cabalgando juntos, y ahora, de pronto... Bueno, pero abrevia.

VOLKER

¿Viste la mozuela? Mas ¿para qué pregunto? ¡Como no tenía una copa en la mano para el saludo!

GISELHER

No hables tan tontamente; claro que la he visto.

VOLKER

Pero si has desdeñado el beso a que tenías derecho...

GISELHER

¿Por qué te mofas de mí?

VOLKER

Tengo que examinarte antes de creerlo, pues lo de la copa son tus propias palabras. ¿Qué edad te parece tener?

GISELHER

Vamos, déjame marchar.

VOLKER

Aun tienes tiempo. ¿Llevará ya debidamente el título de doncella?

GISELHER

¿Te interesa?

VOLKER

Cierto. Querría pedir su mano, y tengo que saber que no dejará abandonado al novio cuando se la llame para jugar a la gallina ciega.

GISELHER

¿Vas a pedir su mano? ¿Tú?

VOLKER

No para mí. Mi yelmo, a pesar de las abolladuras

que tiene, aun es bastante brillante para que me vea en él la cara. ¡Oh, no!, para Gerenot.

GISELHER

¿Para Gerenot?

VOLKER

Ahora te pregunto seriamente: ¿lo aprobáis? Entonces lo haré con gusto. Yo mismo he visto cómo se estremeció, como si le hiriera un rayo, cuando vió a la niña asomada a la ventana.

GISELHER

¿El? ¡Si ni una vez siquiera miró hacia arriba!... He sido yo.

VOLKER

¿Has sido tú? Entonces ¿también has sido tú quien habló conmigo?

GISELHER

No lo creo; pero, en cambio, hablo ahora. Siempre me habéis impulsado a que me case, y Gerenot el primero. Pues ahora será.

VOLKER

Así, de pronto.

GISELHER

Si ella quiere. He despreciado el beso de cortesía...

VOLKER

¿Fué realmente así?

GISELHER

He llegado tarde, si lo prefieres, para coger mi parte en la gran torta; pero me es igual. ¡Quiero un beso de otra clase o ninguno! (*Sale rápidamente.*)

ESCENA SEXTA

VOLKER

¡Vamos! ¡Esto ataca como la fiebre! Pero muy a buen tiempo, y por eso soplé sobre ello con ambos carrillos, pues si emparentamos con Rudeger, el más honrado vasallo de Atila es amigo nuestro. (*Vase.*)

ESCENA SEPTIMA

Jardín.

RUDEGER *y sus huéspedes. Banquete al fondo.*

HAGEN

¿No le prometiste nada en secreto?

RUDEGER

Si lo hubiera hecho, tendría que callarlo.

HAGEN

Pues yo lo creo así. El cambio fué demasiado rápido. Primero se sintió profundamente ofendida

por la petición de mano; después, de pronto, se declaró conforme.

RUDEGER

Y aunque así fuera, ¿puede exigir ella lo que hay que negarle?

HAGEN

¡Quién sabe! Pero a mí me es igual.

RUDEGER

Bien sé cómo es eso. Una mujer gravemente ofendida puede sobrepujarnos a todos nosotros al meditar venganzas y planes sangrientos; pero llega el día en que alguien quiere levantar su brazo en favor suyo, y lo retiene temblorosa y exclama: «¡Aun es pronto!»

HAGEN

¡Puede ser!... ¿Dónde andas metido, Volker?

ESCENA OCTAVA

Entra VOLKER.

VOLKER

¡Estaba de enfermero!... El aire aquí no es sano. Se presentan de repente fiebres que habían dormido tranquilas más de veinte años y con tal violencia como jamás se ha visto.

LOS NIBELUNGOS. — T. II.

RUDEGER

Pues ¿dónde está el enfermo?

VOLKER

Precisamente ahí viene.

ESCENA NOVENA

Entra GISELHER.

RUDEGER

¡A la mesa! Allí resolveremos el enigma al cascar las nueces y las almendras.

GISELHER

Noble margrave: permitidme primero una palabra.

RUDEGER

Tantas como aun consienta el maestro cocinero; ni más ni menos.

GISELHER

Os pido la mano de vuestra hija.

GÉRENOT

¡Cómo, Giselher!

GISELHER

¿No estás conforme? ¡Habla tú también! Y juremos: Sea lo que quiera lo que nos caiga en suer-

te, no nos guardaremos rencor. ¿Te ríes? ¿Hablaste ya antes y tienes el sí? Está bien; también entonces cumpliré lo prometido, pero jamás tomaré mujer.

GERENOT

¿Qué se te ocurre?

RUDEGER

(*Llama con una seña a su mujer y su hija.*) Ven aquí, Gudrun.

HAGEN

(*Dándole palmadas en el hombro a GISELHER.*) ¡Eres un buen herrero! ¡Será un excelente anillo!... Interpongo mi mediación en favor tuyo.

GUNTHER

También yo lo hago. Me alegrará en extremo si me es dado colocar la corona sobre esa pura frente virginal.

GISELHER

(*A GUDRUN.*) ¿Y tú?

GOTELINDE

(*Como GUDRUN guarda silencio.*) ¡Oh dolor! Pero ¿no hace ya tiempo que lo sabéis por la fama? Mi hija es sordomuda.

RUDEGER

Con gusto os devuelvo vuestra palabra.

GISELHER

Aun no la he pedido; sin eso sería demasiado buena para mí.

HAGEN

¡Bravo! ¡Ciérralo machacando de firme, pues tal anillo va muy bien en nuestra cadena! (A VOLKER.) Si osa hacerlo, tendrá que ser diez veces más sanguinario que yo.

GISELHER

Gudrun... ¡Ay, lo olvidaba! Enseñadme de prisa las señas que usáis para hablar con ella, y por esta vez preguntad en mi lugar.

GUDRUN

¡Ah, no lo creas! Sólo era que me daba vergüenza.

VOLKER

¡Adoradle, niña! En tus labios tiene que residir un encanto; el que desea algo al darte el primer beso alcanza lo que desea.

GISELHER

¡Pues di!

GUDRUN

Tampoco habló aún mi padre.

HAGEN

(A RUDEGER.) ¡Tienes plenos poderes! ¡Pon tu sello! Pues se impacientará tu cocinero.

RUDEGER

(A GUNTHER.) ¿Aun se necesita de mí? Tengo que representar el papel de aquel loco a quien le cayó una corona sobre la cabeza y que exclamó, dirigiéndose hacia el cielo: «¿La aceptaré?» Sea de ese modo, y por lo tanto digo: Sí. (A HAGEN.) Ya sabes ahora lo grande que era el juramento que me obligaba contra vosotros.

HAGEN

¡Pues daos las manos! ¡Bravo! ¡Ya está hecho el anillo! ¡Ni un golpe más, forjador! La boda a la vuelta.

GISELHER

¿Por qué?

GOTELINDE

¡Sí, sí!

RUDEGER

Yo esperé siete años.

HAGEN

Pero no es lícito que seas rechazado, aunque te falten algunos de tus miembros. (A GUDRUN.) Respondo de que no vendrá sin cabeza.

RUDEGER

Subscribimos eso. Sólo se trata de una fiesta.

TEODORICO

(Adelantándose de repente.) ¡Quién sabe! La reina Kriemhild aun llora noche y día.

HAGEN

¿Y Atila lo soporta? ¡Bah! Ya toca la campanilla el cocinero.

TEODORICO

He venido para decíroslo; ya está hecho; tomadlo ahora como queráis. (*Va con RUDEGER al banquete.*)

ESCENA DECIMA

HAGEN

¿Lo oís? Eso dijo el señor Teodorico de Berna.

TEODORICO

(*Vuelve de nuevo.*) Tened cuidado, orgullosos Nibelungos, y no imaginéis que todos los que ahora usan de la lengua en servicio vuestro usarán también del brazo. (*Sigue a RUDEGER.*)

ESCENA UNDECIMA

VOLKER

Eso dice un rey que de fijo es el último para concebir falsas sospechas en este mundo.

HAGEN

Se le conoce.

VOLKER

Y unas sabias nixas que subían del pozo encantado...

HAGEN

¿Vas a charlar?

GUNTHER

Bueno; ¿de qué se trata?

HAGEN

Pensaban que eran necesarias buenas armaduras...

VOLKER

Y que, sin embargo, no servirían de nada.

GUNTHER

¿Qué importa? La salvación está en nuestra mano.

HAGEN

¿Cómo?

GUNTHER

Tú te vuelves.

HAGEN

¿Me vuelvo?

GUNTHER

¡Eso es! Anuncias a mi madre lo ocurrido aquí para que prepare las camas, y celebras el habernos salvado. Pues el peligro que eternamente nos previenes existe para ti y no para nosotros; nosotros estamos a salvo tan pronto como quieras, y ya tienes tu comisión. Por lo tanto, vuélvete.

HAGEN

¿Me lo ordenas?

GUNTHER

Si hubiera querido ordenártelo, lo hubiera hecho en Worms de Rin.

HAGEN

Entonces es un servicio que tengo que negarte.

GUNTHER

¿Lo ves? ¡No es sólo por mí! No quieres faltar de donde puedan decir con mofa: «Pero ¿dónde se ha quedado? ¿No será que tiene miedo?» Pues lo que a ti te impulsa también me impulsa a mí. No quiero esperar a que el rey de los hunos me envíe una rueca. Sí; aun cuando la misma norna me amenazara alzando su dedo, no retrocedería ni un paso. Y tú eres nuestra muerte, si realmente nos espera allá abajo como profetizaste. Pero... (*Le da palmadas en un hombro.*) ¡Ven con nosotros, muerte! (*Todos le siguen.*)

ACTO TERCERO

País de los hunos. Castillo del rey Atila. Salón de recepciones.

ESCENA PRIMERA

KRIEMHILD, WERBEL, SWEMMEL.

KRIEMHILD

¿Conque osa venir sin estar invitado? ¡Te conocí, Hagen Tronie!

WERBEL

Va delante y los guía.

KRIEMHILD

Apoderaos al momento de sus armas en cuanto lleguen; ya lo sabéis, con astucia.

WERBEL

Nos interesa a nosotros mismos.

KRIEMHILD

¿Pues todavía tenéis valor ahora que los conocéis?

WERBEL

Un enjambre de avispones ya tiene muerto a más de un león... ¿Sabe algo Atila?

KRIEMHILD

¡No!... Pero casi creo que sí.

WERBEL

Será solamente...

KRIEMHILD

¿Qué?

WERBEL

Hasta en el desierto honramos a un huésped.

KRIEMHILD

¿Es un huésped aquel a quien no invitó nadie?

WERBEL

Entre nosotros, hasta el enemigo.

KRIEMHILD

Acaso no llegue a ser necesario nada. Aquí el rey Gunther será libre, y si se encuentra un verdugo de Burgandia, no necesito la venganza de los hunos.

WERBEL

Sin embargo, reina...

KRIEMHILD

También entonces cumpliré lo que os prometí.
El tesoro de los Nibelungos será vuestro cuando él
yazga muerto. ¡No preguntaré quién lo hizo caer!

WERBEL

¿Aunque no hayamos hecho nada? ¿A pesar de
la cólera de Atila, que te acompañará entonces
hasta la muerte?

KRIEMHILD

¿Habéis visto a la reina de Burgundia?

WERBEL

No la ve criatura humana.

KRIEMHILD

¿Ni oído hablar de ella?

WERBEL

Circulan las más asombrosas historias.

KRIEMHILD

¿Qué historias?

WERBEL

Se murmura que habita en una tumba.

KRIEMHILD

¿Sin estar muerta?

WERBEL

Inmediatamente después de tu partida se trasladó a ella, escapándose por la noche; sólo fué descubierta semanas después, y ya no hubo manera de arrancarla de allí.

KRIEMHILD

¿Ella, Brunhild, en el santo lugar del eterno reposo de Siegfried?

WERBEL

Así es.

KRIEMHILD

¡Vampiro!

WERBEL

Acurrucada junto al ataúd.

KRIEMHILD

Pensando en artes diabólicas.

WERBEL

Puede ser. Sólo que con los ojos llenos de lágrimas y clavando sus uñas ya en su semblante, ya en la madera.

KRIEMHILD

Ya lo veis.

WERBEL

El rey ordenó que la emparedaran, sólo que su ama vieja se sentó rápidamente en la puerta.

KRIEMHILD

¡Volveré otra vez para expulsarte! (*Después de una larga pausa.*) ¿Y mi madre me envía este rizo sin agregar ni una palabra?

WERBEL

Así es.

KRIEMHILD

Debe amonestarme, según imagino, para que no detenga demasiado tiempo a mis hermanos.

WERBEL

Bien puede ser.

KRIEMHILD

Es tan blanco como la nieve.

WERBEL

Pero de fijo que no habría pensado en ello si no la hubiera espantado tanto su sueño, pues ella misma los impulsaba, diligente, al viaje.

KRIEMHILD

¿Qué sueño?

WERBEL

La noche antes de la partida soñó que todos los pájaros caían muertos del cielo.

KRIEMHILD

¡Qué aviso!

WERBEL

¿No es verdad? Los niños los amontonaban con los pies, como a las hojas secas en otoño...

KRIEMHILD

¡Y sus sueños siempre se cumplen! ¡Es un aviso!

WERBEL

¿Lo celebras? Ella se llenó de espanto, y cuando íbamos a montar a caballo se cortó ese mechón de su canosa cabeza y me lo dió para ti como una carta.

KRIEMHILD

¡Pues ahora preparaos!

WERBEL

La red está ya colocada. (*Vanse WERBEL y SWEMMEL.*)

ESCENA SEGUNDA

KRIEMHILD

(*Considerando el mechón.*) ¡Te comprendo perfectamente! ¡Pero no temas nada! A mí sólo me importa el buitre; tus halcones están seguros hasta en su más mínima pluma, a no ser que... Pero no, ¡se odian entre ellos!

ESCENA TERCERA

Entra ATILA con acompañamiento.

ATILA

Ahora estarás contenta conmigo, y si no lo estás aún, lo estarás antes de que me vaya de tu lado. Dime sólo cómo debo saludar a los tuyos.

KRIEMHILD

Rey mío...

ATILA

No te quedes suspensa. Disponlo como te parezca. Fui hasta la puerta del castillo, llevando una diadema, cuando por primera vez recibí al viejo Teodorico de Berna. Hasta ahora ese ha sido el honor mayor hecho por mí; pero hoy estoy dispuesto a más, para que vean que también sabe apreciarte el huno. Unos reyes, que más me sirven por libre elección que a la fuerza, han salido a su encuentro hasta las más remotas fronteras de mi imperio, y unas alegres hogueras, encendidas de montaña en montaña, les dicen con su llama que son bien venidos a la corte de Atila, y nos dicen a nosotros por qué camino se acercan. Para que vuelva otra vez a probarme mis coronas y ventile de nuevo mis mantos de púrpura no tienes mas que hablar, y no te detenga el que a mí un quintal de hierro no me pese tanto como una onza de oro.

Escogeré la corona más ligera, y si quieres mostrarme agradecimiento, ponle una cinta roja que la distinga de las otras para que sepa encontrarla en seguida cuando la fiesta del sol.

KRIEMHILD

Sería demasiado, mi rey y esposo.

ATILA

Quizá demasiado para ellos, pero no para ti. Pues tú has satisfecho el último deseo que aun conservaba yo sobre la tierra; tú me diste un heredero para mi imperio, y lo que te prometí en la primera embriaguez de la paternidad, también lo sostengo ahora; no puedes pedir nada que te sea negado por mí desde que tengo un hijo, y si no quieres pedir nada para ti, déjame que demuestre a los tuyos que fueron pronunciadas con verdad tales palabras.

KRIEMHILD

Concédeme entonces que los reciba y trate según sus méritos y dignidad; yo sé mejor que nadie lo que les corresponde, y estate seguro de que cada uno recibirá lo que merece, por muy extraña que parezca la disposición de la fiesta y el orden de las sillas.

ATILA

¡Pues sea! Sólo por desearlo tú invité a parientes que me desdeñaron durante siete años; en el octavo puedo pasarme sin ellos, como ellos sin mí; por

lo tanto, disponlo todo como quieras. Si quieres derrochar la mitad de mi imperio, eres libre de hacerlo; tú eres la reina, y si prefieres ahorrar tus tortas, también lo encuentro bien; eres el ama de la casa.

KRIEMHILD

Mi rey y señor: siempre has procedido noblemente conmigo, pero nunca tanto como en esta hora. Te doy gracias por ello.

ATILA

Sólo tengo que rogarte una cosa: permíteme que recomiende a tu benevolencia al viejo Teodorico de Berna; si lo tratas con todo honor, harás algo que me llene de alegría.

KRIEMHILD

Lo haré así y con el mayor placer.

ATILA

Mandé al señor de Turingia y al de Dinamarca a saludar a los reyes, pero Teodorico fué con ellos por propia voluntad.

KRIEMHILD

Los conocerá.

ATILA

No, no los conoce.

KRIEMHILD

Los apreciará o temerá.

LOS NIBELUNGOS.—T. II

ATILA

No, no. Tampoco.

KRIEMHILD

Entonces es mucho.

ATILA

Mucho más aún de lo que tú crees. Porque, mira: hay en el mundo tres hombres libres, tres hombres fuertes a quienes la Naturaleza, según se dice, no ha podido crear sin debilitar primero a hombres y animales, y ponerlos en un grado más inferior...

KRIEMHILD

¿Tres?

ATILA

El primero... ¡Perdona, ya no existe! El segundo soy yo, y él es el tercero y el más poderoso.

KRIEMHILD

¡Teodorico de Berna!

ATILA

Gusta de mantenerlo secreto, y sólo se mueve como tiembla la tierra, cuando no le es dado evitarlo; pero yo mismo lo he visto. Conoces a los hunos; siendo valientes como son, tengo que conceder libertad a la petulancia que los llena de pies a cabeza. Quien conoce el oficio sabe que el soldado sólo obedece incondicionalmente en el campo de batalla, porque en la cuadra puede mostrarse terco

a veces, y le otorga el insignificante derecho de llevar de tal o cual modo la pluma o la hebilla, ya que tan caramente lo paga con su sangre. Por esta razón no puedo preservar, como quisiera, a los nobles reyes que vienen a mí de toda suerte de groserías; hasta mi último escudero quiere tener su parte en el poder y gloria de Atila, que considera como un bien general, y lo muestra silbando cuando los otros rezan y chascando la lengua si los ve saludar cortésmente. De este modo también uno se atrevió a pronunciar una frase descarada a espaldas de Teodorico en el mismo día en que llegó aquí, él miró calladamente a su alrededor, se dirigió a un roble, lo arrancó, y se lo puso al mofador sobre la espalda, que quedó aplastado por el peso, y gritaron todos: ¡Viva el de Berna!

KRIEMHILD

¡Ni lo sospeché siquiera!

ATILA

Jura que no es verdad lo que le alaba como otros lo que les afrenta, y regalaría con gusto los hechos, como la presa, si encontrara quien los quisiera. ¡Así es!

KRIEMHILD

Y, sin embargo..., ¿está sobre toda humana criatura y es vasallo tuyo?

ATILA

Yo mismo me espanté cuando se presentó ante

mí, depuesta la corona y rindiendo su espada. No sé lo que le impulsó; sólo sé que me sirve desde hace ya siete años con mayor fidelidad que muchos a quien vencí en el campo de batalla. Con gusto le habría dado mis más ricos feudos; pero no aceptó otra cosa que una granja, y aun regaló todo lo que había en ésta, salvo un huevo de pascua que consumió él mismo.

KRIEMHILD

¡Es raro!

ATILA

¿Tampoco tú lo comprendes? Es un cristiano como tú, y vuestros usos son extraños e incomprensibles para nosotros. Hay algunos de vosotros que se meten en cavernas y allí pasan hambre si no hay un cuervo que les traiga alimento; se encaraman a escarpados peñascos en ardientes desiertos y andan allí hasta que los derriba un torbellino...

KRIEMHILD

Son santos y penitentes, pero Teodorico ciñe espada.

ATILA

¡Es lo mismo! ¡Es lo mismo!... Querría poder llegar a darle gracias, pero me falta un don que tuviera que aceptar él. ¡Hazlo tú en mi nombre! No eres aun deudora de la primera sonrisa. Concédesela a él.

KRIEMHILD

Quedarás contento de mí.

ESCENA CUARTA

Entran WERBEL y SWEMMEL.

WERBEL

Rey mío, las llamas se alzan ya sobre las más próximas montañas. Los Nibelungos se acercan. (ATILA quiere irse.)

KRIEMHILD

(*Deteniéndole.*) Bajaré yo y los conduciré a la sala. Tú te quedas allí y los esperas, aunque la escalera se les haga más larga que todo el camino desde el Rin hasta el castillo de los hunos.

ATILA

Sea así. Además ya tuvieron tiempo para venir antes. Mientras tanto quiero ver a los héroes por la ventana. Ven, Swemmel, y dime los nombres de cada uno. (*Vase. SWEMMEL le sigue.*)

ESCENA QUINTA

KRIEMHILD

Ahora tengo plenos poderes... Son bastante amplios. No necesita ayudarme; lo realizaré yo sola con tal de que no me lo impida, y ahora ya sé que no me lo impide. (*Vase.*)

ESCENA SEXTA

Patio del castillo.

Entran los Nibelungos con TEODORICO, RUDEGER,
IRING *y* THURING.

HAGEN

¡Conque ya hemos llegado! ¡Esto es magnífico!
¿Qué sala es esa?

RUDEGER

Es para vosotros; la conocerás antes de la noche;
es capaz para más de mil huéspedes.

HAGEN

Nosotros creíamos que no nos acomodábamos
en cavernas de osos, porque ya no nos atormenta
el humo como a nuestros padres en los antiguos
tiempos; pero esto es muy otra cosa. (*A los reyes.*)
Guardaos de invitar al cuñado asiático, pues en-
viará su caballo a vuestra cámara de gala y des-
pués os preguntará dónde hay posada para él.

RUDEGER

El rey Atila dice que los pueblos se imaginan al
rey según la casa donde habita; por eso emplea en
esto todo el esplendor que desdeña orgulloso para
su propia persona.

HAGEN

Entonces se lo imaginarán con tantos ojos como las ventanas que ven centellear aquí y le temblarán ya desde lejos. Tiene razón.

RUDEGER

Allí viene la reina.

ESCENA SEPTIMA

Entra KRIEMHILD con gran acompañamiento.

HAGEN

Siempre de negro.

KRIEMHILD

(A los Nibelungos.) ¿Sois realmente vosotros? ¿Son éstos mis hermanos? Ya creíamos que venía un enemigo; tan grande es vuestra tropa. Pero sed bien venidos. *(Saludos, pero sin besos ni abrazos.)* Giselher mío: la reina de los hunos presentó su saludo a los señores de Burgundia; a ti te besa la hermana en la fiel boca. Señor Teodorico: encárgome el rey que os diera las gracias por haber recibido a sus huéspedes. Os doy las gracias. *(Le tiende la mano.)*

HAGEN

Se saluda a los señores de distinto modo que a los vasallos; es una rara señal que viene a justifi-

car muchos necios sueños. (*Ata su casco más sólidamente.*)

KRIEMHILD

¿También tú estás aquí? ¿Quién te invitó?

HAGEN

Quien invita a mis señores también me invita a mí, y aquel para quien no sea grata mi visita tampoco debía haber invitado a los burgundios, pues yo les pertenezco, como su espada.

KRIEMHILD

Que te salude quien te vea con gusto. ¿Qué me traes para poder esperarlo de mí? No te he juzgado digno de la despedida. ¿Cómo esperas ahora un recibimiento amistoso?

HAGEN

¿Qué otra cosa podría traerte sino a mí mismo? Jamás he llevado aún aguas al mar, y ¿había de amontonar nuevos tesoros junto a ti? Hace ya mucho tiempo que eres la más rica del mundo.

KRIEMHILD

Tampoco quiero nada sino lo que me pertenece. ¿Dónde está? ¿Dónde se ha quedado el tesoro de los Nibelungos? Venía con un ejército. Bien necesario era para ponerlo aquí. ¡Entregádmelo entonces!

HAGEN

¿Qué se te ocurre? El tesoro está muy bien guardado; elegimos para él un seguro lugar, el único en que no hay ladrones; yace en el fondo del Rin, allí donde es más profundo.

KRIEMHILD

Entonces ¿ni siquiera habéis remediado lo que aun hoy depende de vuestra voluntad? ¿Dices que se te consideró a ti necesario para el viaje y no al tesoro? ¿Es esa la nueva fidelidad?

HAGEN

Hemos sido invitados a la fiesta del sol, pero no al Juicio final; si habíamos de tener que bailar con la muerte y el diablo, no se nos avisó a su debido tiempo.

KRIEMHILD

No pido esos tesoros para mí; tengo bastante con mi dedal; pero las reinas son mal consideradas si no se recibe nunca su dote.

HAGEN

Nos pesó demasiado nuestro hierro para que además trajésemos a rastras tu oro; quien tome al peso mi escudo y mi armadura tratará de quitarnos carga y no de añadirla.

KRIEMHILD

Aun soy deudora aquí de los regalos de boda,

pero eso es cosa de Atila y no mía. Por tanto, des-
armaos y seguidme a la sala; hace mucho tiempo
que Atila os espera con impaciencia.

HAGEN

No, reina; yo llevo las armas conmigo; mal te
sentarían funciones de camarero. (*A WERBEL, que
coge el escudo de HAGEN a una señal de KRIEMHILD.*)
También tú eres demasiado cortés, dulce mensa-
jero; las garras no fueron nunca una carga para el
águila.

KRIEMHILD

¿Queréis presentaros armados ante el rey? En-
tonces es que algún traidor os ha prevenido, y si
yo lo conozco, sufrirá en sí mismo aquello con que
arteramente os amenazó.

TEODORICO

(*Plantándose ante ella.*) Yo soy ese hombre, yo,
Teodorico de Berna.

KRIEMHILD

¡No se lo creería a nadie que no fuera a vos mis-
mo! El mundo os llama el noble Teodorico y os
considera como si estuvierais destinado para poner
un dique al fuego y al agua y mostrar su verdadero
camino al sol y a la luna, si alguna vez se extravia-
ran en su carrera. ¿Son esas virtudes para las cua-
les no halla nombre la lengua, porque antes de vos

nadie debe haberlas aún poseído, son esas virtudes las que hacen que azucéis de nuevo a parientes que quieren reconciliarse y rebajéis vuestra boca hasta convertirla en fuelle, que trata de encender carbones apagados?

TEODORICO

Sé lo que meditas y he ido a su encuentro para evitarlo.

KRIEMHILD

¿A qué te refieres? Si conoces algún deseo de mi alma que, como hombre y héroe, te sea lícito condenar, dímelo a mí misma y repréndeme como quieras. Pero si tienes que guardar silencio, porque no oses imputarme algo contra justicia, entonces pídeles a éstos sus armas.

HAGEN

Sólo necesita hacerlo y ya las tiene.

TEODORICO

Te respondo de ella.

KRIEMHILD

¿También de que Atila no vaya a vengar furioso la doble afrenta? La nixa se adorna con mis perlas, con mi oro juega el torpe pez, y aquí, ahora, en vez de ligarse el brazo como prenda de paz, hace relampaguear la espada como saludo.

HAGEN

El rey Atila no estuvo jamás en Burgundia, y si tú no se lo revelas, no sabe mucho de lo que es costumbre entre nosotros.

KRIEMHILD

Cada cual elige su signo como quiere; vosotros os presentáis bajo el de la sangre; pero fijaos en esto: quien se envanece de su propia protección está a saldo con la ajena, y con esto basta.

HAGEN

Sólo confiamos en nosotros mismos y apreciamos escasamente todo lo demás.

TEODORICO

Yo mismo me constituiré en guardián del salero para que no se originen disputas.

KRIEMHILD

No los conoces y llegarás a arrepentirte de lo que haces.

HAGEN

(A RUDEGER.) Señor margrave: presentaos como nuestro pariente. Entonces comprenderá en seguida que nos ocupamos en asuntos pacíficos, pues los que conciertan bodas no buscan pependencias. Sí, reina: cierto que vamos cubiertos de hierro; pero hemos cuidado de empresas amorosas, y te roga-

mos que fortalezcas con tu bendición el recién concertado lazo que une a Giselher con Gudrun.

KRIEMHILD

¿Es así, señor Rudeger? ¿Puede serlo?

GISELHER

Sí, hermana, sí.

KRIEMHILD

¿Estáis casados?

GISELHER

Prometidos.

HAGEN

Sólo se hará la boda cuando tú le hayas concedido tu bendición. (*A GUNTHER.*) Pero me parece que ya va siendo hora de que vayamos a los salones de la corte. ¿Para qué vamos a permitir que se emboben mirándonos por más tiempo?

TEODORICO

Yo os introduzco. (*Vase con los Nibelungos.*)

KRIEMHILD

(*A RUDEGER, al marcharse.*) Señor Rudeger: ¿os acordáis de vuestro juramento? Se acerca la hora en que tendréis que cumplirlo. (*Vanse ambos. Aparecen cada vez más hunos.*)

ESCENA OCTAVA

RUMOLT

¿Qué os parece de todo esto?

DANKWART

Mantengamos junta a nuestra gente y esperemos los acontecimientos.

RUMOLT

Es raro que el rey Atila no haya venido a nuestro encuentro. Se dice, sin embargo, que tiene muy finos modales.

DANKWART

¡Cómo nos miran éstos astuta y fijamente, y cómo se llaman la atención unos a otros con codazos dados a escondidas y cómo cuchichean! (*A algunos hunos que han llegado demasiado cerca.*) ¡Alto! ¡El sitio está ya tomado! ¡También ése! ¡Y ése! A veinte pasos de aquí comienza ya mi dedo gordo del pie. ¿Quién se atreve a pisármelo?

RUMOLT

(*Gritando hacia atrás.*) Igual espacio necesito yo para mi joroba, y es tan delicada como un huevo de gallina.

DANKWART

¡Surte su efecto!... Cierto que gruñen, pero se retiran; siniestra chusma, pequeña y descarada.

RUMOLT

Una vez, por una grieta de la roca, curioseé el interior de una tenebrosa cueva. Fosforecían allá abajo unas treinta filas de ojos, verdes, azules y color de fuego, que se levantaban hacia mí desde todos los ángulos y rincones donde estaban agazapadas las bestias, gatos y serpientes, que, con guiños, los revolvían en sus órbitas. Era espantoso; me parecía como si un infierno lleno de estrellas se hubiera abierto hondamente en el centro de la tierra, al ver cómo todas aquellas chispas danzaban entremezcladas, y retrocedí por no saber lo que era. Me viene a la memoria al ver a este pueblo acechando tan pérfidamente, y cuanto más obscura se hace la noche, mejor armoniza con mi recuerdo.

DANKWART

De fijo que no faltarán serpientes y gatos. ¿Habrá también leones entre ellos?

RUMOLT

La experiencia lo enseñará; en mi cueva faltaban. Busqué la entrada tan pronto como volví a ser dueño de mí, pues fuera era día claro, y disparé dentro. Muchas flechas dieron en el blanco, como me lo anunciaron los gemidos; pero no oí ningún rugido ni ningún bramido; eran engendros de la noche los que se amontonaban allí: la cobarde ralea que araña y pica, en vez de saltar fuera para luchar abiertamente con zarpas, garras y

cuernos. Así, justamente, me imagino también a éstos. Estate atento, que como no nos puedan sorprender, no hay peligro alguno.

DANKWART

No querría despreciarlos, pues Atila conquistó el mundo con ellos.

RUMOLT

¿Ha intentado hacerlo también con nosotros? No segó mas que hierba, y dejó caer los brazos al tropezar con robles germanos.

ESCENA NOVENA

WERBEL, *ya antes visible entre los humos con SWEMMEL. Sin ser notado, los sigue* ECKEWART.

WERBEL

Vamos, amigos, ¿no deseáis instalaros en los alojamientos nocturnos?

DANKWART

Aun no nos han sido señalados.

WERBEL

Todo está ya dispuesto desde hace tiempo. (*A los suyos.*) Venid. Mezclaos con ellos, como debe hacerse.

DANKWART

¡Alto! Los burgundios prefieren estar solos.

WERBEL

(*Animando a los suyos a que se acerquen.*) ¡Vamos! ¡Eh!

DANKWART

¡Lo digo otra vez! Es nuestra costumbre.

WERBEL

En la guerra. Pero no en la orgía.

DANKWART

¡Atrás! ¡Si no hago desenvainar!

WERBEL

¡Quién ha visto huéspedes como éstos!

RUMOLT

Ni un pelo se diferencian de los que los hospedan. (*Alguien aplaude.*)

DANKWART

Se nos aplaude. ¿Quién será?

RUMOLT

¿No lo adivinas?

LOS NIBELUNGOS.—T. II.

DANKWART

Un amigo invisible.

RUMOLT

Antes vi pasar sigilosamente al viejo Eckewart,
que vino aquí con la reina Kriemhild.

DANKWART

¿Crees tú que sea él?

RUMOLT

Me lo imagino.

DANKWART

Le ha jurado fidelidad hasta la muerte, y siempre le tuvo cariño y estuvo dispuesto a servirla.
Habrá sido un aviso para nosotros.

ESCENA DECIMA

Vuelve HAGEN con VOLKER.

HAGEN

¿Qué ocurre?

DANKWART

Nos mantenemos como has ordenado.

RUMOLT

Y el camarero de Kriemhild nos aplaude.

HAGEN

Pues Atila es hombre de mi gusto.

DANKWART

¿Sí?

RUMOLT

¿Sin falsedad?

HAGEN

Lo creo. Lleva el traje del mejor guerrero muerto por su brazo, y dentro de él sigue representando el papel del muerto. El vestido es un poco estrecho para sus hombros, y también suele reventársele alguna costura más veces de las que él lo nota, pero su intención es buena.

DANKWART

¿Por qué no salió a recibirnos entonces?

VOLKER

A mí me pareció como si estuviera atado, y sólo por eso no hubiera salido a saludarnos.

HAGEN

Así era, en efecto. Su mujer le ha impedido bajar; pero se desquitó plenamente mediante su amabilidad.

VOLKER

Yo pensaba en mi perro cuando nos tendía la mano con una amabilidad tan excesiva. Menea do-

blemente el rabo si su trailla le impide saltar a mi encuentro hasta la puerta.

HAGEN

Yo no pensaba en tu perro, pensaba en el león que, según se dice, destroza cadenas de hierro y respeta cabellos de mujer. (A DANKWART y RUMOLT.) ¡Comed y bebed ahora! Nosotros ya lo hemos hecho y nos encargamos de la guardia.

DANKWART

(A WERBEL y SWEMMEL.) ¡Guiadnos entonces si queréis!

WERBEL

(A SWEMMEL.) ¡Hazlo tú! (*Secretamente.*) Tengo que ver en seguida a la reina. (*Todos se desparman.* WERBEL va a palacio. Vuelve a ser visible ECKEWART.)

ESCENA UNDECIMA

VOLKER

¿Tú qué opinas?

HAGEN

La fidelidad que se nos debe jamás será quebrantada por voluntad de Atila, pues está orgulloso de su honradez; se regocija de que por fin puede prometer algo, y tanto más abundantemente ceba

a su conciencia, ya que la hizo pasar hambre durante años. Pero el suelo no está firme, retumba donde se pisa, y ese violero es el topo que lo mina secretamente.

VOLKER

¡Oh, ése es tan falso como los primeros hielos!... También tenemos que acordarnos siempre del lobo domesticado, que de repente, al lamer las manos, vuelve a morder de nuevo. No es duradero lo que no depende de la sangre. Pero mira: ¿quién se abre paso tan raramente por allí con sus blancos cabellos? (ECKEWART *paşa lentamente, como uno que sumido en sus pensamientos habla consigo mismo. Sus ademanes coinciden con la descripción de VOLKER.*)

HAGEN

(Grita.) ¡Eh! ¡Eckewart!

VOLKER

Cuchichea, le dice algo a los aires y hace como si no nos viera; voy a seguirle, pues cuenta con ello.

HAGEN

¡Uf, Volker! ¿Es propio de nosotros el acechar? Golpea en tu escudo y haz retiñir tu espada. (*Hace estrépito con sus armas.*)

VOLKER

Ahora hace señas.



HAGEN

Pues vuélvete de espaldas. (*Lo hacen. En voz alta.*) Quien tenga algo que anunciar, que lo anuncie allí donde todavía no se sepa.

VOLKER

Eso es...

HAGEN

¡Cállate! ¡Quieres ahorrarle afrentas al rey de los hunos? ¡Que vigile él mismo! (*ECKEWART menea la cabeza y desaparece.*)

VOLKER

¡Es demasiado enrevesado para mí!

HAGEN

(*Lo coge por un brazo.*) Amigo mío, estamos como en tu Barca de la Muerte. Ninguno nos sirve ya de los treinta y dos vientos; en torno a nosotros, el mar feroz, y sobre nuestras cabezas, la roja nube de tormenta. ¡Qué te importa que te trague el tiburón o te deshaga el rayo? Viene a ser lo mismo, y ninguna cosa mejor te anunciará ningún profeta. Por eso tápate los oídos como yo lo hago y da libertad a tus apetitos más secretos: ese es el último derecho del consagrado a la muerte.

ESCENA DUODECIMA

Entran los reyes con RUDEGER.

GUNTHER

¿Aun estáis tomando el fresco?

HAGEN

Quiero volver a oír otra vez el canto de la alondra.

GISELHER

Sólo despierta con la aurora.

HAGEN

Hasta entonces cazaré murciélagos y buhos.

GUNTHER

¿No queréis acostaros en toda la noche?

HAGEN

No; como el señor Rudeger no nos desnude.

RUDEGER

¡Dios me libre!

GISELHER

Entonces velo con vosotros.

HAGEN

¡En modo alguno! Somos bastantes y responde-

mos de cada gota de vuestra sangre menos de la única de que vive el mosquito.

GERENOT

Entonces crees...

HAGEN

Nada. No es otra cosa sino que soy fácil de encontrar cuando se me busca. Meteos ahora en vuestras camas como les corresponde a bebedores.

GUNTHER

¿Llamaréis?

HAGEN

No tengas cuidado; nadie os llamará mas que el gallo.

GUNTHER

Pues buenas noches entonces. (*Entra a la sala con los otros.*)

ESCENA DECIMATERCERA

HAGEN

(*Yendo tras él.*) ¡Y fíjate en lo que sueñas, como lo hizo tu madre al partir! (*A VOLKER.*) Cuidaremos de que no se cumpla el sueño antes de que puedas contarle... Este no sospecha aún nada.

VOLKER

Seguramente. Sólo que es demasiado orgulloso para confesarlo.

HAGEN

También estaría ciego si no viera cómo se van ensombreciendo a nuestro alrededor los semblantes, y más precisamente los que son mejores. (*Han vuelto a presentarse muchos hunos.*)

VOLKER

¡Mira!

HAGEN

¡Ahí tienes el secreto del viejo! Pero bien me lo había figurado. Ven, siéntate. Así, de espaldas. (*Se sientan, volviendo la espalda a los hunos.*) Si detrás de ti comienzas a oír pisaditas menudas, basta con que tosas y los oírás correr, porque se acercarán como ratones y marcharán como ratas.

ESCENA DECIMACUARTA

KRIEMHILD aparece con WERBEL en lo alto de la escalinata.

WERBEL

¡Ya lo ves! ¡Allí están sentados!

KRIEMHILD

No tienen trazas de querer irse a la cama.

WERBEL

Y si hago una seña irrumpe toda mi gente.

KRIEMHILD

¿Cuántos son?

WERBEL

Un millar. (KRIEMHILD hace a los hunos un temeroso ademán para que retrocedan.) ¿Qué quiere decir eso?

KRIEMHILD

Vete para que no se muevan.

WERBEL

¿Te dan lástima los tuyos de repente?

KRIEMHILD

¡Uf, qué imbécil! El de Tronie sólo te los aplastaría mientras el trovero tocara su violín. No conoces a los Nibelungos. Vámonos. (*Desaparecen ambos.*)

ESCENA DECIMOQUINTA

VOLKER

(*Se pone en pie de un salto.*) No puedo seguir así.
(*Toca una alegre melodía.*)

HAGEN

(*Le da un golpe en el violín.*) No. Lo de la Barca de la Muerte... El final, cuando el amigo apuñala al amigo, y después lo de la antorcha... Eso comenzará mañana.

ACTO CUARTO

A altas horas de la noche.

ESCENA PRIMERA

VOLKER, *de pie, toca el violín.* HAGEN *está sentado como antes. En grupos, en torno a los dos, los hunos, asombrados y atentos. Antes de que se levante el telón se oye la música de VOLKER. Inmediatamente después se le cae el escudo a uno de los hunos.*

HAGEN

¡Basta ya! Los harás morir si sigues tocando y cantando de ese modo durante más tiempo. Ya se les caen las armas. Ahora fué un escudo. Tres arcadas más, y le seguiré una lanza. No necesitamos más que el relato de lo que ejecutamos mucho antes de venir aquí; no son precisos nuevos hechos para domeñarlos.

VOLKER

(Sin hacerle caso. Como visionario.) ¡Primero era negro! Sólo relampagueaba de noche, como los gatos cuando se les acaricia en la obscuridad, y aun

eso sólo si, en su carrera, lo rajaba el casco de un caballo. Entonces dos niños se pelearon por uno de sus pedazos; en su enojo se apedrearon con él, y el uno mató al otro.

HAGEN

(Con indiferencia.) Comienza algo nuevo. ¡Adelante! ¡Adelante!

VOLKER

Entonces llegó a tener un amarillo de fuego, centelleaba, y quien lo veía codiciaba hacerlo suyo y nunca renunciaba a él.

HAGEN

¡Jamás le he oído esto! ¡Estará soñando! Todo lo demás lo conozco.

VOLKER

Ahora hay luchas más salvajes y envidias más venenosas; pelean con todas armas; hasta le arrancan al arado su piadoso hierro y con él se dan muerte.

HAGEN

(Cada vez más atento.) ¿Qué querrá decir?

VOLKER

En ríos corre la sangre, y cuando se coagula hácese más obscuro el color del oro en torno al cual manó y reluce con resplandor siempre más intenso.

HAGEN

¡Ah! ¡Ah! ¡El oro!

VOLKER

Ya es rojo, y se va volviendo más rojo con cada asesinato. ¡Arriba! ¡Arriba! ¿Por qué os perdonáis? Sólo cuando ya ni uno solo quede con vida cobrará su verdadero esplendor; la última gota es tan necesaria como la primera.

HAGEN

¡Oh! ¡Lo creo!

VOLKER

¿Dónde está?... La tierra se lo tragó, y los que aun quedan vivos se desparraman y buscan varitas adivinatorias. ¡Necia estirpe! Los ávidos enanos lo han atrapado al momento y lo guardan en el abismo. Dejadlo allí y tendréis eterna paz. (*Se sienta y deja a un lado el violín.*)

HAGEN

¿Despiertas?

VOLKER

(*Vuelve a ponerse en pie de un salto. Fieramente.*)
 ¡Pero es en vano! ¡En vano! ¡Ya está aquí otra vez! Y hasta se le ha agregado una nueva a la maldición que ya lleva él consigo; quien lo posea perecerá antes de gozar de él.

HAGEN

Habla del tesoro. Ya está todo claro para mí.

VOLKER

(*Cada vez más fieramente.*) Y por último, si mediante sucesivos asesinatos llega a verse sin amo sobre la tierra, entonces, con desenfrenado ardor, brotará de él un fuego que no podrán sofocar todos los mares, porque inflamará el mundo entero y durará más que Ragnaroke. (*Siéntase.*)

HAGEN

¿Es eso cierto?

VOLKER

Así, en su furor, lo han ordenado los enanos cuando perdieron el tesoro.

HAGEN

¿Cómo fué eso?

VOLKER

Fué un robo de los dioses. Odin y Loke habían matado inadvertidamente a un hijo de gigante y tenían que rescatarse.

HAGEN

Pero ¿existía coacción para ellos?

VOLKER

Iban en figura humana, y en su humano cuerpo sólo poseían fuerzas humanas.

ESCENA SEGUNDA

WERBEL *aparece entre los hunos, musitando.*

WERBEL

¡Vamos! ¡Sois arañas a quien se encanta y cautiva con música? ¡Acercaos! ¡Es el momento!

ESCENA TERCERA

KRIEMHILD *desciende con su acompañamiento.*
Antorchas.

HAGEN

¿Quién viene?

VOLKER

La propia reina. ¿Se irá a acostar tan tarde? Ven. Levantémonos.

HAGEN

¿Qué se te ocurre? No, no. Sigamos sentados.

VOLKER

Nos honraría poco el hacerlo, pues es una noble mujer y una reina.

HAGEN

Pensaría que nos alzamos por miedo. ¡Balmung,

no te portes tan tímidamente! (*Pone la Balmung sobre las rodillas.*) Tu ojo centellea en medio de la noche como un cometa. ¡Magnífico rubí! Tan rojo como si hubiera bebido toda la sangre que en todo tiempo fué vertida por este acero.

KRIEMHILD

¡Allí está el asesino!

HAGEN

¿Qué asesino, señora?

KRIEMHILD

El asesino de mi esposo.

HAGEN

Despertadla; vaga dormida. Tu esposo vive; esta noche misma trinqué con él, y con esta buena espada te respondo de su seguridad.

KRIEMHILD

¡Oh, qué asco! Sabe muy bien de quién hablo y aparenta que no lo sabe.

HAGEN

Hablaste de tu esposo, y ése es Atila, cuyo huésped soy. Pero es verdad: ése ya es el segundo. ¿Aún piensas en el primero entre sus brazos? En efecto, a ése lo maté yo.

KRIEMHILD

¡Ya lo oís!

HAGEN

¿No se sabía aquí? Puedo narrarlo; el trovero me acompañará con el violín... (*Como si quisiera cantar.*) En el bosque de Oden, donde salta una alegre fuente...

KRIEMHILD

(*A los hunos.*) Haced ahora lo que queráis. Ya no pregunto si sois capaces de realizarlo.

HAGEN

¡A la cama! ¡A la cama! Tienes otros deberes ahora.

KRIEMHILD

Al momento ahogaré tu mofa con tu sangre negra. ¡Arriba, verdugos de Atila, y mostradle para qué ascendí al segundo tálamo!

HAGEN

(*Levantándose.*) Entonces, ¿de verdad se trata aquí de asesinato por sorpresa? ¡Está bien! (*Golpea su armadura.*) El hierro da mucho frío, y nada espanta tan pronto el frío como esto. (*Desenvaina la Balmung.*) ¡Adelante! Veo más cabezas que troncos. ¿Por qué os apretáis de ese modo ahí detrás? El brillo de los yelmos os ha denunciado hace ya tiempo. (*Se pone en guardia.*) ¡Huyen! ¡Aún no está con ellos Atila!... ¡A la cama!

KRIEMHILD

¡Qué asco! ¿Sois hombres vosotros?

HAGEN

No, un montón de arena, que es verdad que puede sepultar ciudades y naciones, pero sólo si lo hace volar el viento.

KRIEMHILD

¿Habéis conquistado el mundo?

HAGEN

¡Por el número! El millón es una potencia, pero el granillo sigue siendo lo que era.

KRIEMHILD

¿Oís esto y no tomáis venganza?

HAGEN

¡Adelante! ¡Emplea todo tu aliento! ¡Soplaré contigo! (*A los hunos.*) Llegad arrastrándoos sobre el vientre y encaramaos por nuestras piernas arriba, como soléis hacer en vuestras batallas. Si llegamos a dar traspies y tropicar y sucumbimos a causa de la voltereta, no pediremos socorro, os lo juramos.

KRIEMHILD

Si sois pocos, sólo tendréis que repartíroslo entre pocos.

HAGEN

Y el tesoro sería bastante rico, aunque viniera el mundo entero. Sí, crece por sí mismo; hay en él un anillo que produce siempre oro nuevo si se... ¡Pero no! ¡Aún no! (*A KRIEMHILD.*) ¡Acaso hasta ahora tampoco lo has sabido tú misma? Podéis creérmelo: lo he ensayado, y al que me mate le haré partícipe del secreto. Sólo falta la vara mágica que puede resucitar muertos. Ya lo ves; ninguno de los dos logramos nada; no podemos formar una bola con esta seca arena; renunciemos, por lo tanto. (*Vuelve a sentarse.*)

KRIEMHILD

(*A WERBEL.*) ¿Es éste vuestro valor?

WERBEL

Ya será de otro modo.

VOLKER

(*Señalando con el dedo.*) ¡Un nuevo tropel! Las armaduras centellean con las primeras luces de la mañana, y hay también otro violinista que los guía. Gracias, Kriemhild; se ve por la música a qué baile nos has invitado.

KRIEMHILD

¿Qué es lo que ves? Si la cólera se ha apoderado de mí, vuestra es la culpa por vuestra befa; y si

el huésped no duerme, también será conveniente la vigilia para el que lo hospeda.

HAGEN

(*Riéndose.*) ¿Es Atila quien envía a éstos?

KRIEMHILD

No, perro; lo hice yo misma, y ten por cierto que no te me escaparás aunque llegues a ver el próximo sol. Quiero volverme a la tumba de mi Siegfried; pero primero tengo que teñirme la mortaja, y eso sólo puede ser hecho con tu sangre.

HAGEN

¡Está bien! ¿Para qué vamos a andar con disimulos, Kriemhild? Nos conocemos. Pero fíjate bien en esto: inmediatamente después de la primera obra maestra del ciervo, que es escapar al cazador, viene la segunda, que es arrastrarlo a la perdición consigo, y de fijo que alcanzaremos una de las dos cosas.

ESCENA CUARTA

GUNTHER *en traje de noche.* GISELHER, GERENOT, etcétera, *vienen tras él.*

GUNTHER

¿Qué ocurre aquí?

KRIEMHILD

¡La eterna acusadora! Me querello contra Hagen Tronie, y ahora, por la postrera vez, pido justicia.

GUNTHER

¿Pides justicia y llamas con las armas?

KRIEMHILD

Quiero que os pongáis en círculo y que juréis sentenciar según lo que es justo y debido, y que sentenciéis y ejecutéis vuestra sentencia.

GUNTHER

Me niego a ello.

KRIEMHILD

¡Pues entrégame a ese hombre!

GUNTHER

Tampoco lo hago.

KRIEMHILD

¡Valga entonces la fuerza! Pero no. Primero preguntaré a cada uno. Mi Giselher y Gerenot, vosotros tenéis puras las manos; os es lícito ponerlas sobre el asesino; a vosotros no os puede acusar de complicidad. Por lo tanto, retiraos libremente de su lado y cedédmelo... Quien le ayude, será a su propia costa. (GERENOT y GISELHER se ponen al lado de HAGEN, con espadas desenvainadas.)

KRIEMHILD

¿Cómo? ¿No habéis ido al bosque con ellos, habéis condenado el hecho cuando ocurrió y ahora queréis defenderlo?

GUNTHER

¡Su suerte es la nuestra!

KRIEMHILD

Pero...

GISELHER

¡Oh hermana, detente! ¡No podemos otra cosa!

KRIEMHILD

¿Y la puedo yo acaso?

GISELHER

¿Qué te lo impide? Echaríamos eterna afrenta sobre nuestras cabezas si abandonáramos al hombre que estuvo a nuestro lado en peligros y muertes.

KRIEMHILD

¡Lo habéis hecho ya hace tiempo! Estáis cubiertos de vergüenza como aun jamás lo estuvo una raza de héroes. Pero quiero llevaros a la fuente donde podéis lavaros. (*Golpea a HAGEN en el pecho.*) ¡Brotá de aquí!

HAGEN

(*A GUNTHER.*) ¿Entonces...?

GUNTHER

Sí, hubieras debido quedarte en casa; pero ahora ya da lo mismo.

KRIEMHILD

Habéis quebrantado la fidelidad cuando la más alta virtud era no apartarse ni un ápice de ella, y ¿queréis guardarla ahora que es deshonra? Ni el parentesco, ni la proximidad de sangre, ni la fraternidad de armas, ni la gratitud por haberos salvado de una perdición segura, nada se agitó en su favor en vuestro pecho: fué degollado como un animal salvaje, y quien no ayudó, guardó silencio en vez de prevenir y oponer resistencia... (A GISELHER.) ¡Hasta tú mismo! Todo eso, que no pesó ni como un grano de arena cuando se trató de tener compasión del héroe, ¿adquiere de pronto en la balanza el peso de la tierra, cuando su viuda llama a la puerta reclamando al asesino? (A GUNTHER.) Entonces es que por segunda vez le impones tu sello al hecho y ya no estás medio disculpado por la juventud. (A GISELHER y GERENOT.) Y vosotros lo aprobáis y participáis en la culpa.

HAGEN

No te olvides del todo de ti misma y de tu participación. Tú tienes la mayor culpa.

KRIEMHILD

¿Yo?

HAGEN

¡Tú! ¡Sí, tú! Yo no amaba a Siegfried, es cierto; tampoco creo que él me hubiera amado si yo hubiera aparecido en Neerlandia como él entre nosotros en Worms, con una mano que, jugando, se apoderaba de todos nuestros honores y una mirada que decía: «¡No me gustan!» Lleva tú un ramillete cuyo pétalo más diminuto evoque grandes heridas, y que te haya costado más sangre que la que contiene en cada momento todo tu cuerpo, y deja que no sólo te sea arrebatado, sino pisoteado, y besa después a tu enemigo si eres capaz de hacerlo. ¡Pero allá tú con eso! Yo lo hubiera sufrido, te lo juro por la vida de mi rey, por muy hondo que tuviera clavado en mi corazón el encono. Pero entonces vino la agria lucha de lenguas; se nos apareció de repente; tú misma, en tu enojo, nos lo descubriste, como traidor a su deber y juramento, y si Gunther hubiera querido perdonarlo, habría condenado al propio tiempo a su esposa. No niego que arrojé alegremente la lanza mortal, y aun hoy me regocijo de ello; pero tu mano fué la que me presentó el arma; por lo tanto, expíalo tú misma, si hay aquí algo que expiar.

KRIEMHILD

¿Y no lo expió yo? ¿Qué podría sucederte, que ni aun a medias llegara a mis tormentos? ¡Contempla esta corona y pregúntatelo! Piensa en unas fiestas de bodas como aun ningunas fueron cele-

bradas en la tierra; piensa en unos besos espantosos cambiados entre la vida y la muerte en la más horrenda noche; piensa en un niño al que no puedo amar. Pero mis alegrías de novia vienen ahora. Todo lo que he sufrido quiero que se trueque en alegría, y nada es regalado, están pagados los gastos. Y aunque tuviera que abatir a cien hermanos para abrirme camino hasta tu cabeza, habría de hacerlo para que sepa el mundo que sólo por ser fiel rompí la fidelidad. (*Vase.*)

ESCENA QUINTA

HAGEN

Vestíos ahora; pero llevad las armas en las manos en vez de rosas.

GISELHER

Pierde cuidado. Me mantengo firme a tu lado, y jamás me tocará ni siquiera a un cabello, ni tampoco lo tengo merecido de mi hermana.

HAGEN

Lo hará, hijo mío; por eso te aconsejo que vuelvas a cabalgar hacia Bechlarn. No dudo de que te dejará partir; pero no esperes más de ella y date prisa; sí, tiene razón, le hice un mal terrible.

GISELHER

Ya muchas veces has dado malos consejos, pero

éste es el peor de todos. (*Entra con GUNTHER y GERENOT en la casa.*)

ESCENA SEXTA

HAGEN

¿Entiendes a ése? No volvió a hablar una palabra amable conmigo desde que volvimos del bosque de Oden, y ahora...

VOLKER

Jamás dudé de él, por tenebrosa que estuviera su frente. Fíjate bien: te maldice, pero se coloca ante ti; con su talón pisa tu pie, pero al mismo tiempo intercepta los venablos que te son arrojados. El pudor de la mujer se refiere a su cuerpo; el del hombre, a su alma, y antes se te mostrará desnuda una doncella que te descubra su corazón tal mancebo.

HAGEN

Me da lástima de esa vida juvenil. Yérguese la muerte detrás de nosotros; me siento envuelto en sus más profundas sombras, y sólo sobre él se posa todavía un dorado resplandor de poniente. (*Vanse ambos.*)

ESCENA SEPTIMA

Entran ATILA y TEODORICO.

TEODORICO

Ya tú mismo ves ahora a qué los invitó Kriemhild.

ATILA

Lo veo.

TEODORICO

Siempre me pareció un tizón envuelto en cenizas que espera un soplo de viento.

ATILA

A mí no.

TEODORICO

¿Pues no has sabido nada?

ATILA

Sí, sí. Sólo que lo miraba con ojos como los de Rudeger y pensaba que una venganza de mujer ya está satisfecha tan pronto como ha cesado de jurar.

TEODORICO

¿Y las lágrimas? ¿El traje de duelo?

ATILA

Te oí decir que vuestra costumbre es amar al

enemigo y darle gracias por cada uno de sus golpes con un beso; pues bien, lo había creído.

TEODORICO

Así debe ser, pero no todos son bastante fuertes para eso.

ATILA

También pensé, cuando se ocupó con tanta prisa de enviar por fin los mensajeros, que era a causa de su madre, pues sé que no se separó de ella de un modo muy filial y que está arrepentida de haberlo hecho.

TEODORICO

La madre quedó en casa, y hasta dudo de que se la haya invitado. Pero los otros, la noche antes de su partida, alumbrados por antorchas, han sumergido en el Rin, para no volver a verlo jamás, el tesoro por el cual osó ella tantas cosas.

ATILA

¿Por qué no se quedaron entonces en su casa? No habrán temido que yo siguiera a los violeros con cadenas y espadas.

TEODORICO

Señor: habían dado su palabra a Kriemhild y tenían por fin que cumplirla, pues aquel a quien no le liga absolutamente nada está tanto más ligado por ella; además, su ánimo era hartamente orgu-

lloso para evitar el peligro y admitir consejo. También tú estás acostumbrado a desafiar la muerte; pero tú aun necesitas razones, y ellos no. Como sus salvajes padres se acuchillaban a sí mismos después de un alegre banquete, entre música y cantos, en medio de sus huéspedes, cuando les parecía pasado lo mejor de la vida, y cómo, pareciendo embriagados, se metían en un barco y se juraban no regresar jamás, sino que allá en alta mar caían unos a manos de otros en lucha fratricida, haciendo así del último sufrimiento de la Naturaleza su postrera y más alta acción, de este modo el demonio que rige la sangre es aun poderoso en ellos y lo siguen alegremente cuando hierve y humea.

ATILA

Sea como quiera, te agradezco el paso que has dado, pues jamás querría yo quedar como deudor de Kriemhild, y sólo ahora comprendo cómo está la cuenta.

TEODORICO

¿Qué quieres decir con eso?

ATILA

Creía haber hecho mucho, ya que inmediatamente después de la noche de bodas me abstuve de ella...

TEODORICO

Ya era mucho.

ATILA

No, no; aun no era nada. Pero tan cierto como lo hice, aun más cierto es que haré más por ella si más desea. Júrolo aquí ante ti.

TEODORICO

Podrías...

ATILA

Nada que tú condenaras y, sin embargo, más de lo que ella espera de mí; si no, hace ya tiempo que habría intentado otro juego. (*Al salir.*) Sí, sí, Kriemhild; no aprecio a mis cuñados más altamente que tú a tus hermanos, y si ya no son para ti mas que asesinos, ¡cómo iban a ser algo mejor para mí! (*Vanse ambos.*)

ESCENA OCTAVA

Catedral.

Muchas gentes de armas en la plaza. Entra KRIEMHILD con WERBEL.

KRIEMHILD

¿Has separado a los servidores de los amos?

WERBEL

Lo bastante para que no puedan oírse sus voces.

KRIEMHILD

Cuando estén reunidos en su sala comiendo, caéis sobre ellos y los matáis a todos.

WERBEL

Está bien; se hará.

KRIEMHILD

(*Arroja sus joyas entre los hunos.*) ¡Ahí tenéis prendas!... No riñáis por ellas; aun queda bastante, y si lo deseáis, hasta lloverán piedras como esas antes de la noche. (*Clamores de júbilo.*)

ESCENA NOVENA

Entra RUDEGER.

RUDEGER

¿Regalas ya la mitad de tu reino?

KRIEMHILD

Pero he conservado lo mejor para ti. (*A los hunos.*) ¡Sed valientes! Con el tesoro de los Nibelungos compraréis el mundo, y aunque quede con vida un millar de vosotros, no tendréis por qué pelear, que siempre seréis mil reyes. (*Los hunos se dividen en grupos.*)

KRIEMHILD

(A RUDEGER.) ¿No tienes que mandar a buscar nada a Bechlarn?

RUDEGER

Nada, que yo sepa.

KRIEMHILD

¿O algo que enviar?

RUDEGER

Menos aún, princesa.

KRIEMHILD

Pues entonces córtate con tu espada un mechón de tus cabellos; aquí asoma uno por debajo de tu yelmo...

RUDEGER

¿Para qué?

KRIEMHILD

Para que tengas algo que enviar.

RUDEGER

¿Cómo? ¿Es que no regresaré a casa?

KRIEMHILD

¿Por qué lo preguntas?

RUDEGER

Porque pides una cosa como esa. En nuestro

país eso es lo que hace el amor con el muerto cuando se acerca el carpintero con el martillo para clavarlo en su caja.

KRIEMHILD

No conozco lo futuro. Pero no lo tomes así. Escoge a Giselher como emisario y ordénale que no pase con su caballo ante ningún jardín del que no coja una rosa para su novia. Una vez que esté formado el ramillete, que se lo ponga en el pecho en mi nombre y que descanse a su lado hasta que ella haya tejido con tu mechón un anillo para mí. Ya se verá que merezco gracias por esto.

RUDEGER

Reina, no irá.

KRIEMHILD

Mándaselo con toda gravedad; ahora eres su padre y él tu hijo, y si te niega obediencia, lo encierras en la torre como castigo.

RUDEGER

¿Cómo podría hacer eso?

KRIEMHILD

Hazlo entrar con un ardid si no puede ser por la fuerza. Eso es tan bueno como si estuviera de viaje, y antes de que pueda libertarse ya está todo acabado; el día del Juicio final es también el más breve. No repliques nada. Si te importa tu hija, haz lo que te digo; te hago un regio regalo porque...

Pero tú mismo puedes profetizar. Los sangrientos cometas se muestran en el cielo en vez de las piadosas estrellas y lanzan sombríos rayos sobre la tierra. Están agotados los medios buenos; llega el turno de los malos, como el veneno al no servir ya de nada ninguna medicina, y sólo cuando esté vengada la muerte de Siegfried volverá a haber crímenes en la tierra; pero hasta entonces está oculto el derecho y la naturaleza sumida en un profundo sueño. (*Vase.*)

ESCENA DECIMA

RUDEGER

¿Es ésta la mujer a quien encontré hecha un mar de llanto? Podría sentir horror ante ella, mas ahora conozco ya el encanto que la encadena. ¿Mandar yo a Giselher lejos de aquí? Antes arrojó al fuego el escudo del de Tronie.

ESCENA UNDECIMA

Salen los Nibelungos.

RUDEGER

¿Cómo, guerreros, ya tan temprano aquí?

HAGEN

Es hora de misa y somos buenos cristianos, como sabéis.

VOLKER

(*Señalando a un huno.*) ¿Cómo? ¿Hay aquí gentes tan adornadas? Se dice entre nosotros que el huno no se lava; ahora va de un lado a otro todo empenachado. (*A HAGEN.*) ¿Me preguntaste algo?

HAGEN

Ya lo creo; vamos hacia la muerte y tengo que preguntarte: ¿Morirás con nosotros?

VOLKER

(*Otra vez hacia el huno.*) Pero ¿será realmente un hombre y no un ave que usa, rauda, de sus alas si se le espanta? (*Arroja su lanza y lo atraviesa.*) ¡Lo es!... Esta es mi respuesta. ¿No viví también con vosotros?

HAGEN

¡Bravo! ¡Dos veces bravo!

WERBEL

(*A los hunos.*) ¿Vamos? ¿Es ya bastante? (*Gran tumulto.*)

ESCENA DUODECIMA

ATILA sale rápidamente con KRIEMHILD y sus reyes y se arroja entre los hunos y los Nibelungos.

ATILA

¡Maldición! ¡Deponed en seguida las armas!
¿Quién osa atacar a mis huéspedes?

WERBEL

Señor, tus propios huéspedes son los que atacan. Mira aquí.

ATILA

El señor Volker lo hizo por error.

WERBEL

¡Perdona! Aquí está el margrave Rudeger, que puede...

ATILA

(Le vuelve la espalda.) ¡Os saludo, parientes! Pero ¿por qué estáis todavía con arnés?

HAGEN

(Medio dirigiéndose a KRIEMHILD.) Es costumbre entre nosotros. Sólo bailamos al son de las espadas, y hasta oímos misa con el escudo al brazo.

ATILA

Costumbre singular.

KRIEMHILD

No menos que la de tragarse tranquilamente la mayor ofensa y presentarse como si nada ocurriera. Te equivocas si esperas que te dé gracias por ello.

TEODORICO

Soy el pertiguero; quien quiera oír misa, que me siga. *(Va delante. Los Nibelungos le siguen a la catedral.)*

ESCENA DECIMOTERCERA

KRIEMHILD

(Coge a Atila por una mano mientras tanto.)
Apártate, señor; muy lejos, muy lejos. Si no, te derriban; y si yaces en tierra, no podrás jurar que estás en pie.

ATILA

Señor Rudeger, hoy no habrá ningún torneo.

KRIEMHILD

¿Acaso se substituirá por un ayuno general?

ATILA

Os ruego que se lo digáis también al señor de Dinamarca y al de Turingia. El viejo Hildebrant está ya enterado.

KRIEMHILD

Señor Rudeger, aun otra cosa: ¿qué me habéis jurado en Vorms de Rin?

RUDEGER

Que no te sería negado ningún servicio.

KRIEMHILD

¿Y eso lo hicisteis sólo en vuestro propio nombre?

ATILA

Lo prometido por Rudeger lo cumplo yo.

KRIEMHILD

Bueno. El rey Gunther se volvió calladamente de espaldas cuando Hagen Tronie le arrojó su lanza asesina; si también tú te hubieras vuelto así hoy, habrías ya cumplido conmigo; pero ya que impides que me valga por mí misma, exijo de ti la cabeza del asesino.

ATILA

Y te la traeré si él no te pone a los pies la mía.
(A RUDEGER.) Ve ahora.

KRIEMHILD

¿Y para qué? En los juegos de armas siempre hay disputas, y jamás realizaréis tan fácilmente vuestra obra como cuando ha estallado el salvaje incendio y todo es furia y rabiosa confusión. Vine entre vosotros porque creía ser aquí adivinada. ¿Ni aun hoy me comprendes? ¡A ellos!

ATILA

No, Kriemhild, no; no es esa mi intención. Mientras para bajo mi techo no se tocará ni a un solo cabello de su cabeza; hasta estaría seguro si pudiera matarlo sólo con el deseo. ¿Qué quedará que sea sagrado si no lo es el huésped? *(Hace una seña a RUDEGER, que se va.)*

ESCENA DECIMOCUARTA

KRIEMHILD

¿Dices tú eso? Mal se te agradece. Se te considera como el que atropella y desprecia usos y costumbres, no como el que los protege, y aun sigue siempre asombrándose la gente, cuando aparece ante ti un mensajero, de que haya podido hablarte sin perder brazos ni piernas.

ATILA

¡Me ven como era, no como soy! Antes montaba el caballo cuya cola aun ahora reluce por la noche en el cielo, formando el curvo y centelleante cometa. Todo eran cataclismos a su paso; derribé tronos, destrocé reinos y arrastré detrás de mí, atraillados, a los reyes. Así, derribando todo lo que encontraba en mi camino y cubierto con las cenizas de un mundo, llegué a Roma, ante el trono de vuestro Sumo Sacerdote. Había reservado a éste para lo último; quería decapitarlo en su propio templo, junto con el montón de reyes, para con esta colérica sentencia, ejecutada por la misma mano en todas las cabezas de los pueblos, mostrar que yo era el señor de los señores y ungirme la frente con una sangre a la que aportaba su gota cada uno.

KRIEMHILD

Siempre me imaginé así a Atila; si no no me

habría rendido al señor Rudeger. ¿Qué es, pues, lo que le ha cambiado?

ATILA

Una visión de terrible especie que me expulsó de Roma. No me es lícito decírsela a nadie; pero me impresionó de tal modo, que imploré la bendición del anciano cuya muerte había jurado antes y me tuve por feliz con besar el pie que sostenía a aquel santo.

KRIEMHILD

Pues ¿qué piensas hacer para cumplir el juramento?

ATILA

(*Señalando el cielo.*) Mi caballo está todavía allí, siempre ensillado, y sabes que ya ha salido a medias de la cuadra; y si otra vez volvió a entrar y escondió profundamente en las nubes su cabeza, fué por misericordia y compasión del mundo, que ya con ver su cola se llena de terror; pues sus miradas incendian ciudades, de sus narices humean la peste y la muerte, y cuando siente la tierra el retumbar de sus cascos, se estremece y cesa de engendrar nuevas vidas. No bien haga una seña vuelve a estar aquí abajo, y con gusto volveré a montarlo por segunda vez, en favor de una cosa justa, y haré guerra por ti. Quiero vengarte de los tuyos por todos tus duelos, y hace mucho tiempo que lo habría hecho si hubieras tenido confianza en

mí; sólo que primero tienen que marchar en paz completa.

KRIEMHILD

¿Hasta entonces les es lícito cometer lo que se les antoje y pelarte las barbas si les divierte?

ATILA

¿Quién te lo ha dicho?

KRIEMHILD

Matan a tus gentes, y tú declaras que fué por error.

ATILA

Se creían traicionados, y yo tenía que mostrarles que no lo están. En esta última noche ocurrieron sobradas cosas que no puedo alabar y que los disculpan. Si no, estáte segura de esto: lo mismo que conozco los deberes de quien recibe en su casa un huésped, conozco también los de éste, y quien desgarré descaradamente el hilo de araña que a todos nos liga cuando pisamos casa ajena, llevará cadenas de hierro antes de que lo piense. No te preocupes y espera tranquila; por cada copa de vino que beben aquí te traeré una cuba de sangre, aunque ahora mate con mis palmas los mosquitos que les molesten, pues no tolero traición ni perfidia. (*Vase.*)

ESCENA DECIMOQUINTA.

KRIEMHILD

¡Guerra! ¿De qué me sirve la guerra? ¡Hace ya mucho tiempo que hubiera podido encenderla! Pero eso sería recompensa en vez de castigo. ¿Por la carnicería en el obscuro bosque una franca lucha de héroes? ¿Y hasta quizá también la victoria? ¡Cómo lo celebrarían si pudieran alcanzarla, pues desde su juventud no han conocido nada mejor! No, no, Atila; asesinato por asesinato. El dragón está en la caverna, y si no quieres moverte hasta que te haya mordido como a mí, entonces se hará que lo haga... Eso es, ¡se hará que lo haga! (*Vase.*)

ESCENA DECIMOSEXTA

Pasa WERBEL con los suyos.

WERBEL

¡Están a la mesa! ¡De prisa ahora! ¡Ocupad las puertas! Quien salte por las ventanas se romperá la crisma. (*Los hñnos lanzan gritos de júbilo y golpean las armas.*)

ESCENA DECIMOSEPTIMA

*Gran sala. Banquete.**Entran TEODORICO y RUDEGER.*

TEODORICO

¿Qué hay, Rudeger?

RUDEGER

Todo está en manos de Dios, pero aun tengo esperanzas.

TEODORICO

Vuelvo a estar otra vez al borde del pozo de las nixas, como en aquella noche, y medio dormido y como soñando oigo el rumor del agua y el caer de las palabras, hasta que de repente... ¡Qué enigma es el mundo! ¡Si en mal hora no se hubiera movido un paño, ahora sabría yo más de lo que jamás ha sabido hombre alguno!

RUDEGER

¿Un paño?

TEODORICO

Sí, la venda que rodeaba mi brazo, pues una herida reciente me mantenía despierto. Ellas, abajo, conversaban unas con otras, hasta parecían escu-

char lo que ocurría en el centro, en el ombligo de la tierra, como yo las escuchaba a ellas, y musitaban lo que llegaban a saber; también regañaban entre sí por quién había comprendido bien y quién no, y cuchicheaban toda especie de cosas. El gran año solar, que más allá de toda memoria humana, con largas pausas, vuelve a presentarse, como hierve y bulle el manantial creador y se derrama en millones de burbujas cuando eso se presenta. Hablaban de un último otoño que destruye todas las formas de la Naturaleza y de una primavera que las trae mejores. De lo viejo y lo nuevo y de cómo lidian sangrientamente hasta que sucumbe uno de ellos. De que el hombre tiene que adquirir para sí la fuerza del león si no ha de conquistar el león el ingenio del hombre. Hasta de las estrellas que cambian de posición, mudan de curso y truecan de luces. ¡De qué no hablarían!

RUDEGER

¡Pero el paño! ¡El paño!

TEODORICO

Al momento. Ya lo verás. Después llegaron a tratar de estos lugares y tiempos, y cuanto más importante era la noticia, tanto más ligero era su murmullo y más ávido mi oído. ¿Qué año será ese? Así me preguntaba y me inclinaba sobre el pozo y escuchaba asombrado. Llegué a oír un número y contuve el aliento; pero entonces resonó un grito

repentino: «¡Cae una gota de sangre! ¡Nos escuchan! ¡Abajo!» Unas carrerillas, y todo terminado.

RUDEGER

¿Y aquella gota?

TEODORICO

Era de mi brazo. Al apoyarme en él habíase corrido el paño y perdí así lo mejor: la clave; pero ahora temo mucho no necesitarla ya.

ESCENA DECIMOCTAVA

*Entran los Nibelungos conducidos por IRING
y THURING.*

Numeroso acompañamiento.

RUDEGER

Ahí vienen.

TEODORICO

Como para una batalla.

RUDEGER

Pero hay que hacer como si no se notara.

HAGEN

Vivís aquí tranquilo, señor Teodorico. ¿En qué empleáis vuestro tiempo?

TEODORICO

En cazar y en torneos.

HAGEN

¡Vamos! Lo que es hoy no he visto mucho de eso.

TEODORICO

Tenemos que enterrar a un muerto.

HAGEN

¿Ese a quien mató Volker por equivocación?
¿Cuándo será? No debemos faltar, para mostrar
nuestro dolor y remordimiento.

TEODORICO

Muy gustosos os dispensamos de ello.

HAGEN

No, no. Lo acompañaremos.

TEODORICO

¡Silencio! ¡El rey!

ESCENA DECIMONONA

Entra ATILA con KRIEMHILD.

ATILA

¿También aquí armados?

HAGEN

Siempre.

KRIEMHILD

La conciencia lo exige así.

HAGEN

Gracias, gracias, noble huésped.

ATILA

(Sentándose.) ¡Si os place!

KRIEMHILD

Hagan el favor; en cualquier puesto.

GUNTHER

¿Pues dónde están mis servidores?

KRIEMHILD

Están bien atendidos.

HAGEN

Mi hermano responde de ellos.

ATILA

Y yo de mi cocinero.

TEODORICO

Eso es lo más importante.

HAGEN

Realmente es muy capaz. Con frecuencia he oído decir que el huno le corta una pierna a un buey vivo, y cabalgando sobre ella la pone tierna debajo de la silla de su caballo...

ATILA

Eso es cuando va a caballo y falta tiempo para encender una alegre fogata. Mas en la paz se ocupa también de su paladar y no sólo de la ingrata panza.

HAGEN

Ya anoche lo noté. Y además ¡qué sala! Nada hay en esta tierra tan próximo a la esfera celeste; busca uno a su alrededor en ella los giros de los planetas.

ATILA

¡Cierto que no la hemos edificado nosotros!... Es extraño lo que me sucedió en mi expedición. Cuando la acometí estaba completamente ciego y

no perdoné cosa alguna, fuera granero o templo, ciudad o aldea; todo lo incendié. Pero cuando regresé ya sabía ver, y las semirruinas, que defendían su última hora luchando con tormentas y lluvia, despertaron en mí la admiración que le había negado al edificio cuando aun se alzaba en su esplendor pleno.

VOLKER

Es natural. De otro modo también se considera al muerto que al vivo, y se le cava la fosa con la misma espada con que poco antes se le quitó la vida.

ATILA

De ese modo también había yo destruído esta obra maravillosa, y maldije mis propias manos cuando, al cabo de dos años, volví a verla ante mí en escombros. Pero entonces se me acercó un hombre que me dijo: «Yo la edificué la primera vez y probablemente también lograré hacerla la segunda.» Lo tomé a mi servicio, y por eso vuelve a alzarse de nuevo.

ESCENA VIGESIMA

Entra un PEREGRINO, rodea la mesa y se detiene ante HAGEN.

PEREGRINO

Os suplico que me deis un pan y un puñetazo; el pan, por Dios Nuestro Señor que me ha criado; el

puñetazo, por mi propia culpa. (HAGEN *le tiende un pan.*) ¡Os lo suplico! Tengo hambre, y no me es dado comerlo antes de que también reciba un golpe de vos.

HAGEN

¡Es raro! (*Dale un golpe suave. Vase el PEREGRINO.*)

ESCENA VIGESIMOPRIMERA

HAGEN

¿Quién era ése?

TEODORICO

¿Quién pensáis que era?

HAGEN

¿Un loco?

TEODORICO

¡Oh, no! Un soberbio duque.

HAGEN

¿Cómo es posible?

TEODORICO

Un elevado trono queda sin ocupante mientras él peregrina y una noble mujer le espera llena de ansiedad.

HAGEN

(*Se ríe.*) El mundo se transformá.

RUDEGER

Se dice que ya una vez regresó a su casa y que volvió atrás desde el umbral.

HAGEN

¡Vaya con el necio! Si volviera otra vez, despertaría rápidamente en él al príncipe con otro puñetazo.

TEODORICO

¡Y, sin embargo, es cosa grande! Han pasado diez años, y por fin un día, al caer de la tarde, llega a su castillo. Ya está encendida la lámpara; ve a su mujer, a su hijo; levanta la mano para llamar a la puerta, cuando comprende que aun no es digno de esta felicidad, y sigilosamente, tapándole la boca a su perro, que le saluda, vuelve a alejarse para hacer otra vez el largo viaje, mendigando de cuadra en cuadra y deteniéndose allí donde le pisotean hasta que lleguen a besarlo y estrecharlo contra el pecho. ¡Es cosa grande!

HAGEN

(*Riéndose.*) ¡Ja, ja, ja! Habláis como nuestro capellán del Rin.

ATILA

Pero ¿dónde están hoy nuestros violeros?

KRIEMHILD

Hay aquí uno que hace enmudecer a todos los otros. Tocad, pues, señor Volker.

VOLKER

Lo haré; pero decidme lo que queréis oír.

KRIEMHILD

¡En seguida! (*Hace una seña a un servidor, que sale.*)

GISELHER

(*Levanta su vaso y bebe.*) ¡Hermana!

KRIEMHILD

(*Derrama su copa en tierra. A RUDEGER.*) Has amado demasiado tus cabellos. ¡Más perderás ahora!

ESCENA VIGESIMOSEGUNDA

OTNIT es introducido por cuatro soldados sobre un escudo de oro.

ATILA

¡Está bien!

KRIEMHILD

¿Veis este niño que hereda más coronas que cecezas puede comer de una sentada? Cantad y tocad en su honor y alabanza.

ATILA

¿Qué decís, parientes? ¿No está el mozo bastante crecido para sus años?

HAGEN

Pasadlo primero alrededor de la mesa para que lo contemplemos bien.

KRIEMHILD

(A OTNIT.) Saluda tú ahora hasta que llegue la hora en que seas tú el saludado. (OTNIT *es pasado de mano en mano hasta que llega a HAGEN.*)

ATILA

¿Qué decís?

HAGEN

Podría jurar que no vivirá mucho tiempo.

ATILA

¿Es que no es robusto?

HAGEN

Ya sabéis que soy hijo de silfo, y por eso tengo estos ojos de muerto que tanto asustan, pero que poseen doble vista. Nunca iremos a rendir homenaje a este señor.

KRIEMHILD

¿Es ésa tu canción? ¿Supongo que en eso sólo habla tu deseo? Reparadlo vos, señor Volker; no afinéis más tiempo; el joven rey no es tan exigente.

ESCENA VIGESIMOTERCERA

Entra DANKWART con la armadura llena de sangre.

DANKWART

¿Qué es eso, hermano Hagen? Mucho os retrasáis a la mesa. ¿Tan bien os sabe hoy la comida? Pues ¡adelante, el gasto está pagado!

GUNTHER

¿Qué ha ocurrido?

DANKWART

Ninguno hay ya con vida de todos los burgundios que me habéis confiado. ¡Eso fué por vuestro vino!

HAGEN

(Se levanta y saca su espada. Tumulto.) ¿Y tú?

KRIEMHILD

¡El niño! ¡Mi hijo!

HAGEN

(Inclinado sobre OTNIT, le dice a DANKWART):
¡Chorreas sangre!

KRIEMHILD

¡Lo mata!

DANKWART

(Se limpia la sangre.) Sólo es una lluvia roja, ya

lo ves; no sigue manando; pero todos los otros han perecido.

KRIEMHILD

¡Socorro! ¡Señor Rudeger!

HAGEN

(*Taja de un golpe la cabeza de OTNIT.*) ¡Ahí la tienes, ahí la tienes, madre!... ¡Dankwart, a la puerta!

VOLKER

¡También hay allí una salida! (DANKWART y VOLKER ocupan las dos puertas de la sala.)

HAGEN

(*Salta sobre la mesa.*) Ahora vamos a ver quién va a ser aquí el sepulturero.

ATILA

¡Yo!... ¡Seguidme!

TEODORICO

(*A VOLKER.*) ¡Paso al rey! (ATILA y KRIEMHILD pasan por la puerta; los siguen RUDEGER, HILDEBRANT, IRING y THURING. Como también otros quieren unirse a ellos, exclama):

VOLKER

¡Atrás vosotros!

ATILA

(Desde la puerta.) Nada sabía del asesinato de vuestras gentes, y lo habría castigado de tal modo que vosotros mismos hubierais tratado de detener mi espada. ¡Os lo juro! Pero también esto otro: ahora quedáis fuera de la paz del mundo, y al mismo tiempo habéis perdido los derechos de la guerra. Como cuando irrumpí de mi desierto, desconocedor de usos y costumbres; como el fuego y el agua, que no se detienen ante banderas blancas ni respetan manos implorantes, vengaré de vosotros a mi hijo y a mi mujer también. Ya no abandonaréis esta sala; vos, señor Teodorico, me respondéis de ello; pero en este reducido espacio vais a ver lo que en otro tiempo hizo tan temido en toda la tierra al rey de los hunos. (*Vase. Lucha general.*)

ACTO QUINTO

Patio delante de la sala. Incendio, fuego y humareda. Está cercada todo alrededor por tiradores amalos. A ambos lados, anchas escalinatas, que ascienden a un balcón, conducen a la sala.

ESCENA PRIMERA

HILDEBRANT. TEODORICO.

HILDEBRANT

¿Cuánto va a durar aún esta calamidad?

TEODORICO

Temo que hasta que caiga el último.

HILDEBRANT

Dominan el fuego. Mirad, mirad. Ya el humo se traga a la clara llama.

TEODORICO

Entonces es que lo apagan con sangre.

HILDEBRANT

Se hundan en ella hasta la rodilla y pueden usar como cubos sus cascos.

ESCENA SEGUNDA

La puerta de la sala se abre violentamente.

Aparece HAGEN.

HAGEN

¡Uf! (*Vuélvese adentro.*) ¡Quien viva, que grite!

HILDEBRANT

¡El noble Hagen próximo a asfixiarse! ¡Vacila!

TEODORICO

¡Eres terrible, Atila! La visión espantosa que viste tú en el cielo parece como si la pusieras ante nosotros en la tierra.

HAGEN

¡Ven, Giselher; hay aquí aire fresco!

GISELHER

(*Desde dentro.*) ¡No encuentro el camino!

HAGEN

Palpa la pared y guíate por mi voz. (*Vuelve a*

entrar a medias en la sala.) No te caigas; cuidado con el montón de muertos. (*Saca a GISELHER.*)

GISELHER

¡Ah!... ¡Esto da vida! ¡Ya había caído! ¡Ese humo!
¡Aun es peor que el calor!

ESCENA TERCERA

Aparecen GUNTHER, DANKWART y GERENOT llevando a RUMOLT entre ellos.

GUNTHER

Aquí está la salida.

DANKWART

¡Pronto! ¡Pronto!

GERENOT

(*Respirando hondamente.*) ¡Esto sí que vale!

GUNTHER

(*Refiriéndose a RUMOLT, que va desplomándose.*)
A éste ya no le vale de nada.

HAGEN

¿Está muerto?

DANKWART

¡Arriba, cocinero!... ¡Ya no existe!

GISELHER

¡Qué sed! ¡Qué sed!

HAGEN

¡Eh! Pues vuelve a la taberna; vino tinto no falta; aun chorrean muchas cubas.

HILDEBRANT

(*Señala el montón de muertos.*) ¿Comprendéis lo que dice? Las cubas ya vacías yacen allí.

TEODORICO

¡Dios nos asista!

HAGEN

La única suerte es que la sala haya sido aboveada. Sin ese borde de ladrillos que nos protege de la lluvia de cobre, nada nos hubiera valido.

GUNTHER

¡No te asas dentro de tu armadura?

HAGEN

Ponte del lado del viento; ahora puede sernos útil.

GUNTHER

Pero ¿aun existe el viento?

ESCENA CUARTA

KRIEMHILD

¿Qué es eso, maestro de armas?

HILDEBRANT

¡Tirad! (*Los tiradores levantan sus arcos.*)

HAGEN

¡Yo os cubro! (*Levanta su escudo, que se le cae de las manos y rueda escaleras abajo.*) ¡Adentro! (*Grita hacia los de abajo.*) Ved el escudo antes de reiros. No es que mi brazo se haya vuelto más débil, sino que él se ha hecho más pesado, pues todas vuestras flechas están clavadas en él. (*Sigue a los otros.*)

ESCENA QUINTA

HILDEBRANT.

No puedo soportarlo más. ¿No queréis poner fin?

TEODORICO

¿Yo? ¿Cómo podría hacerlo? Soy servidor del rey, y tanto más obligado a permanecerle fiel, ya que me sometí a él voluntariamente y por puro impulso del corazón.

HILDEBRANT

¡No olvidéis!

TEODORICO

¡Ni una palabra de eso!

HILDEBRANT

Ha pasado ya el tiempo que os impusisteis a vos mismo para ejercitaros en la obediencia y viven vuestros testigos.

TEODORICO

¿Tratas hoy de eso?

HILDEBRANT

¡Hoy o nunca! Podrían morir los héroes que Dios ha conservado hasta ahora tan milagrosamente.

TEODORICO

Entonces es que debo seguir siendo lo que soy. Como sabes, me lo impuse como señal de si debo volver a llevar la corona o seguir siendo vasallo hasta la muerte. Estoy igualmente dispuesto para ambas cosas.

HILDEBRANT

Pues si vos calláis, hablaré yo.

TEODORICO

¡No lo harás! No arreglarías cosa alguna. (*Le pone la mano sobre el hombro.*) Hildebrant mío,

cuando en una casa se produce un incendio, hasta el siervo que justamente entonces acabara de ser hecho libre, aunque ya hubiera traspasado el umbral, vuelve atrás, se quita su traje de fiesta y arroja su atadizo para ayudar en la extinción. ¿Y yo iba a marcharme en el día del juicio final?

HILDEBRANT

Arrojan otra vez muertos por las ventanas. ¡Señor, terminad ahora! ¡Ya tiene bastante el demonio!

TEODORICO

Aunque quisiera, ¿cómo podría hacerio? Aquí la culpa ha mordido a la culpa harto firmemente para que pueda decirse a ninguna de ellas: ¡Retírate! Ambas tienen igual razón. Si la venganza no vomita por propia voluntad, apartándose horrorizada del último bocado, nadie hay ya que pueda darle las horribles fauces.

HILDEBRANT

(*Va hacia un lado y vuelve.*) Ahora, por fin, también nuestros héroes siguen el camino de los pobres siervos. La mayor parte sólo pueden reconocerse aún por la armadura; el valiente Iring cayó delante del montón. No vayáis allá, señor; no podríais besarlo; su cabeza está del todo carbonizada.

TEODORICO

¡Raza leal! (HAGEN *vuelve a ser visible en lo alto.*)

HILDEBRANT

¡Otra vez Hagen!

ESCENA SEXTA

Entra KRIEMHILD.

KRIEMHILD

¡Tirad! (HAGEN *desaparece de nuevo.*)

KRIEMHILD

¿Cuántos viven aún?

HILDEBRANT

(Señalando el rincón de los muertos.) ¡Allí podrás ver cuántos han muerto!

TEODORICO

Todos los burgundios que han venido han caído también...

KRIEMHILD

¡Pero Hagen vive!

TEODORICO

Allí yacen unos siete mil hunos...

KRIEMHILD

¡Y Hagen vive!

TEODORICO

Cayó el soberbio Iring.

KRIEMHILD

¡Y Hagen vive!

TEODORICO

También el bondadoso Thuring e Irnfried y Blo-
del con sus gentes.

KRIEMHILD

¡Y Hagen vive! Cerrad vuestra cuenta; aunque
vos mismo fuerais la última partida en ella, el mun-
do entero no me paga por él.

HILDEBRANT

¡Monstruo!

KRIEMHILD

¿Por qué me injurias? Pero sí, ¡injúriame! Hie-
res a lo que seguramente no querías herir, pues lo
que soy lo he llegado a ser por aquellos a quienes
de buena gana querías substraer al castigo; y si
derramo sangre hasta anegar la tierra y levanto
una montaña de cadáveres hasta poder sepultar-
los en la luna, amontono sus culpas y no las mías.
¡Oh, mostradme mi figura! No me apartaré horro-
rizada de ella, pues cada rasgo acusa a los basilis-
cos de allí, no a mí misma. Ellos han mudado el

color de mis pensamientos. ¿Soy pérfida y falsa? Ellos me enseñaron cómo se atrae a los héroes a la trampa. ¿Estoy sorda a la voz de la compasión? Ellos lo fueron cuando hasta las piedras se ablandaron. No soy en todo mas que reflejo suyo, y quien odia al demonio no le escupe al espejo manchado por él con su máscara, le hiere a él mismo y lo arroja del mundo.

ESCENA SEPTIMA

HAGEN *aparece de nuevo.*

HAGEN

¿Está ahí el rey Atila?

KRIEMHILD

Yo hablo en su nombre. ¿Qué queréis?

HAGEN

Lucha abierta al aire libre.

KRIEMHILD

Os la niego, y si hubiera sido por mí, tampoco habría habido otra lucha ahí dentro mas que con el hambre, la sed y el fuego.

TEODORICO

¡El rey mismo!

ESCENA OCTAVA

Entra ATILA.

HAGEN

Rey Atila, ¿fué por vuestra voluntad el que se prendiera fuego a la sala mientras nos vendábamos las heridas?

ATILA

¿Nos habéis entregado los muertos? ¿No me habéis negado hasta a mi propio hijo?

TEODORICO

¡Eso fué mal hecho!

ATILA

Solemos quemar a nuestros muertos; si os era desconocido, ya lo sabéis ahora.

HAGEN

Entonces estamos en paz. Concedednos, por lo tanto, lo que no podéis negar, si no queréis exponeros a la mayor deshonra.

KRIEMHILD

La mayor deshonra es prestaros oído. ¡Tirad!
¡Tirad!

HAGEN

¿Lleva ella la corona?

ATILA

¿Qué más queréis? Pongo vuestra suerte en sus manos de hermana.

KRIEMHILD

Retuvieron a los muertos como prenda para que también entraran los vivos que no vinieron por necesidad.

ATILA

¡Linaje por linaje! Ellos han extinguido el mío; tampoco ellos deben seguir existiendo.

KRIEMHILD

¿Qué ocurre aquí? ¿El viejo Rudeger, furioso?

ESCENA NOVENA

RUDEGER *persigue a un huno a través de la escena y lo derriba de un puñetazo.*

RUDEGER

Quédate ahí y vomita otra vez veneno.

ATILA

Señor Rudeger, ¿ayudáis al enemigo? Aun sin vos, ya tenemos bastantes muertos.

KRIEMHILD

¿Qué ha hecho ese hombre?

RUDEGER

(A ATILA.) ¿Soy amigo tuyo sólo de lengua? ¿Atrapo los dones como el perro la carne? ¿Llevo un saco que no tiene fondo y una espada pegada sobre él con cola?

ATILA

¿Pues quién dice eso?

RUDEGER

Si no es lícito decirlo, no me riñas cuando castigo al bribón; me lo arrojó a la cara cuando yo pensaba con lágrimas en todas las calamidades que nos ha traído esta fiesta del sol, y el tropel que lo seguía asintió bramando a sus palabras.

KRIEMHILD

¿Conque todo un tropel estaba con él? Señor Rudeger, el castigo fué demasiado duro, pues muchos, si no todos, piensan de ese modo, y habría sido mejor respuesta que en seguida hubierais desenvainado la espada para acuchillar a los Nibelungos.

RUDEGER

¿Yo? ¿No los he traído aquí yo mismo?

ATILA

Pues por eso te corresponde echarlos fuera.

RUDEGER

No, rey; no pidas eso de mí. Apenas me has permitido prestarte los servicios que te prometí, ¿y habrías de exigir ahora lo que tendría que negarte aunque dependiera de ello vida, cabellera y todo? No puedo ni quiero defenderlos; pero los he guiado hasta aquí por fidelidad, y si no me es lícito protegerlos contra ti, tampoco te presto a ti mi brazo.

KRIEMHILD

Procedes como si fueras aún un hombre libre y pudieras decidirte como quisieras.

RUDEGER

¿Y no puedo hacerlo? ¿Qué me lo impide si renuncio a los feudos?

KRIEMHILD

¿Qué?... ¡Tu juramento! Eres siervo mío hasta tu último aliento y no te es lícito negarme ningún servicio, pues éste es el que yo quiero.

RUDEGER

No puedo afirmar que mientas, y, sin embargo, lo que dices no es mucho mejor que una mentira,

pues una fué la mujer que solicitó y recibió mi juramento y otra la que hoy lo interpreta.

ATILA

Hablas de fidelidad, Rudeger. Bien puedo to-
marte como testigo de que sé tenerla por sagrada.
Pero ¿es aplicable aquí? Los Nibelungos están más
allá de la Naturaleza y emplean como armas lo que
se hundió silenciosamente en el abismo antes de
estar terminada la formación del mundo. Nos arro-
jan el estiércol de los elementos que quedó sepa-
rado abajo cuando se redondeó el globo. Arrancan
todos los clavos y sierran las vigas. Entonces tú
también tendrás que saltar sobre la valla si quie-
res ayudar.

KRIEMHILD

Eso es. La espada venenosa es el deshonor del
primero que la emplea; pero el segundo la blande
libremente.

RUDEGER

Puede ser así; de fijo que es así, no quiero dis-
cutirlo. Pero reflexionad: les he saludado con vino
y pan cuando cruzaron las fronteras del Danubio,
y los he acompañado hasta vuestro umbral. ¿Puedo
levantar la espada contra ellos ahora que están en
el mayor peligro? Si todos los brazos que posee la
tierra se armaran en contra suya en un levanta-
miento general de la Naturaleza; si centellearan
cuchillos y guadañas y volasen piedras, aun me

sentiría yo ligado, y, cuando más, me convendría empuñar un azadón.

ATILA

También yo he tenido miramientos contigo mientras me fué posible, y sólo te llamo al final de todo.

RUDEGER

¡Misericordia! ¿Qué debo decir si mi yerno, el joven Giselher, se adelanta hacia mí y me ofrece la mano como saludo? Y si mi vejez vence a su juventud, ¿cómo me presento delante de mi hija? (A KRIEMHILD.) A ti te impulsa el dolor por lo perdido. ¿Quieres dejárselo en herencia y matar con él a una niña que ama como tú y en nada delinquiró? Eso haces si me eliges como vengador, pues de cualquier modo que caiga la sangrienta suerte, también el vencedor quedará siempre sepultado para ella, y a ninguno de los dos nos es lícito volver a su presencia.

KRIEMHILD

Todo eso hubieras debido considerarlo antes de haber cerrado el pacto. ¡Bien sabías lo que jurabas!

RUDEGER

No, no lo sabía, y ¡por Dios todopoderoso que tú misma lo sabías aun menos! Todo el país estaba lleno de alabanzas en honor tuyo. En tus ojos vi las primeras lágrimas y también las últimas, pues todas las demás las habías enjugado tú con tu bon-

dadosa mano. Dondequiera que estuve oí que te bendecían; ningún niño se iba al lecho sin pensar en ti; ninguna copa era vaciada que no la hubieras tú llenado; ningún pan era cortado y repartido que no viniera de tu despensa. ¡Cómo podía pensar yo que había de venir después esta hora! Antes habría exceptuado del juramento, previsoramente, mi propio cuello que la seguridad de los reyes, tus hermanos. ¿Se te hubiera pasado por el pensamiento a ti misma, cuando los viste reunidos en torno a tu vieja madre para ir a la catedral, que llegaría un día en que reclamaras su vida? ¡Cómo podría yo, pues, sospecharlo y rechazar al primero y más noble de los mancebos, cuando solicitó a mi hija?

KRIEMHILD

¡Ni aun hoy quiero su vida! La puerta está abierta para todos ellos, menos para uno; si quieren dejar las armas dentro y jurar hacer las paces fuera, están libres. Ve allí y llámalos por última vez.

ESCENA DECIMA

Aparece arriba GISELHER.

GISELHER

Hermana, ¿eres tú? Ten piedad de mi juventud.

KRIEMHILD

Pues baja. Quien ahora esté sentado a la mesa,

por hambriento que esté, tiene que dejarte el puesto, y yo misma te ofreceré la más fresca bebida de la bodega.

GISELHER

No puedo hacerlo solo.

KRIEMHILD

Pues trae contigo a todos los que Ute brezó, para que no tenga que enterrar con dolor a los que parió con alegría.

GISELHER

Aun somos más.

KRIEMHILD

¿Osas recordármelo? Pues ha pasado el tiempo de la gracia, y quien quiera miramientos, que le corte primero la cabeza al de Tronie y que la muestre.

GISELHER

Siento haber hablado. (*Vuelve a desaparecer.*)

ESCENA UNDECIMA

RUDEGER

¿Lo ves?

KRIEMHILD

¡Eso es justamente lo que me subleva! Hoy son infieles, vuelven a ser fieles mañana; derraman

como agua inmunda la más noble sangre, y la espuma infernal que hierva en las venas de ese demonio la guardan hasta su última gota como si fuera extraída del santo Grial. Tampoco podía sospecharlo cuando los veía disputar entre sí. Mi tumba en el convento no era lo bastante silenciosa para que no oyera sus eternas riñas. ¿Podía pensar que ellos, que se envenenaban el pan, estarían aquí tan estrechamente enlazados como si pendieran del mismo cordón umbilical? ¡Es igual! El feroz asesino me dijo con amarga mofa delante del ataúd: «Tu Siegfried no podía ser apartado del dragón, y a los dragones se les mata.» Yo lo repito ahora. Mato al dragón y con él a todos los que se le han unido y le protegen.

ATILA

Vos habéis exigido el combate cuando yo ordené que los encerraran con los mudos espantos que surgen poco a poco de todos los rincones y crecen como el día... Vos habéis envidiado al hambre su cargo de sepulturero cuando yo se lo confié, y en vez de reiros cuando los condenados os escarnecían astutamente para atraeros dentro, habéis alzado vuestras armas y con el primer gruñido habéis arrancado mi aprobación. ¡Luchad ahora hasta el fin! Tampoco yo dejaré de hacerlo cuando llegue mi turno; la palabra es la palabra.

RUDEGER

Aun no hubo hombre alguno que se encontrara

en tan ruda prueba como me encuentro yo, pues tanto lo que haga como lo que deje de hacer estará siempre mal hecho y seré injuriado por ello, y si no hago nada, me injuriarían todos. (*Oyese chocar copas en la sala.*)

KRIEMHILD

¿Qué será eso? Es como si brindaran. (HILDEBRANT *sube la escalera.*)

KRIEMHILD

Me parece que se burlan de nosotros. Eso es lo que hacen los que están alegres. Escancian el vino con los yelmos y chocan las copas.

HILDEBRANT

Si lanzaras dentro una sola mirada te quedarías muda. Están sentados sobre los cadáveres y beben sangre.

KRIEMHILD

Pero ¿la beben?

HILDEBRANT

Pero ¿es que no te conmueve cosa alguna? Jamás aún hubo hombres que se sostuvieran mutuamente como aquí los Nibelungos, y sea el que quiera el crimen que hayan cometido, lo han reparado con este valor y esta fidelidad que los honra doblemente si las cosas son como tú has dicho.

RUDEGER

Mi rey y señor: de tal modo me has colmado de dones y tan completamente me has dispensado de darte gracias por ellos, que ningún siervo te está tan obligado como yo. Kriemhild: te he prestado un juramento y tengo que cumplirlo; declaro en alta voz que es obligación mía y no la regateo. Sin embargo, si me veis ponerme de rodillas, pensad en el ciervo, que, en la mayor necesidad, se vuelve aún hacia su cazador y le muestra la única lágrima sangrienta que le es dado llorar en la tierra, para ver si acaso despierta compasión en él. No pido oro o cosas que lo valgan, ni ruego por mi vida o mi cuerpo, ni siquiera por mi mujer y mi hija. Perezca todo esto; sólo os suplico por mi alma, que se perderá si no me desligáis de este juramento. (*A ATILA.*) No ofrezco lo que por sí mismo vuelve a ti, sólo con que titubee la lengua del vasallo y con que su mirada no centellee de alegría tan pronto como le haces una seña; mis tierras son otra vez tuyas. (*A KRIEMHILD.*) No digo si quieres mi vida; tómalala, y si deseas mi cuerpo, ponme mañana delante del arado. (*A los dos.*) Ofrezco más, aunque esto ya parezca todo lo que puede ofrecerse: si me releváis de emplear mi brazo en esta lucha, será para mí como si ya no lo tuviera. Si se me golpea, quiero no defenderme; si se injuria a mi mujer, no protegerla, y como un anciano a quien el poderoso tiempo apartó de su espada, recorrer el mundo en la plenitud de mi fuerza con un báculo de mendigo.

KRIEMHILD

Me das lástima, pero tienes que ir adentro. ¿Crees tú que salvé yo mi alma cuando, después de una lucha a ninguna semejante, ascendí con Atila a mi segundo tálamo? ¡Oh, estate seguro de que el breve momento en que yo debía quitarme mi cinturón de mujer, y que se anudaba cada vez más firme en torno a mí hasta que él lo cortó colérico con el puñal, contiene mayor martirio que esa sala con todos sus espantos, llamas e incendios, hambre, sed y muerte! Y si por fin vencí en el combate y subí a su lecho en vez de arrebatarle el puñal, no sé si para matarme a mí o matarlo a él, fué tu juramento lo que me prestó fuerzas para hacerlo, fué este día en el que yo confiaba y esta hora que tenía que coronarlo. ¿Debería terminar ahora como una farsa? ¿Me habría presentado a mí misma como víctima de sacrificio y, sin embargo, debería renunciar al premio? No, no; aunque tuviera que abrir las venas del mundo entero, hasta de la más joven paloma que aun no abandonó el nido, tampoco retrocedería horrorizada. Por eso, margrave Rudeger, no lo penséis más; os es tan necesario hacerlo como a mí, y si queréis maldecir, maldecid a aquellos que nos fuerzan a ambos.

RUDEGER

(*A los suyos.*) Pues venid.

KRIEMHILD

La mano primero.

RUDEGER

A la vuelta.

HILDERRANT

Señor Teodorico de Berna, ahora os amonesto: arrojad a un lado vuestra ruin lanza de guardia e interponeos como corresponde a un rey. Vuélvete atrás, Rudeger; él puede y debe hacerlo; entró por siete años al servicio de Atila y están ya terminados; sólo fué por un voto, y lo presentaré testigos a quien no lo crea.

ATILA

Basta tu palabra.

TEODORICO

(*Que tuvo en alto los dedos del juramento mientras habló HILDEBRANT.*) Así fué, mi rey y señor; pero no sabe mi viejo maestre de armas que he vuelto a jurarlo otra vez mientras él hablaba, y esta vez hasta la muerte.

HILDEBRANT

(*Abre paso a RUDEGER.*) Pues id. Mas antes dadme la mano por última vez, pues jamás volveré a hacerlo, ya venzáis o seáis muerto.

RUDEGER

Rey Atila, os encomiendo a mi mujer y mi hija, y también a los pobres expatriados, pues lo que vos habéis hecho en grande conmigo lo copié con ellos en pequeño.

ESCENA DUODECIMA

HAGEN *y los Nibelungos contemplan cómo suben la escalinata* RUDEGER *con los suyos.*

GISELHER

Aun son posible paces. ¿Veis? Rudeger.

HAGEN

Se trata del postrer y del peor combate: ahora deben degollarse los que se aman.

GISELHER

¿Te parece?

HAGEN

¿Se presentó jamás la reconciliación vestida de hierro? ¿Necesítase la armadura para abrazarse? ¿Se dan besos con las espadas y se lleva consigo como testigos a todas sus gentes?

GISELHER

En Bechlarn cambiamos todos las armas; yo llevo las tuyas, él las mías, y esto no se hizo jamás en todo el mundo mas que cuando se está decidido a no volver a pelear nunca unos contra otros.

HAGEN

Aquí no sirve eso. No. Tendeos las manos y daros las noches. Estamos al fin.

GISELHER

(Sale al encuentro de RUDEGER.) ¡Bien venido!

RUDEGER

Estoy sordo... ¡Música! ¡Música! *(Música estruendosa.)*

HAGEN

¡Sólo con que tuviera un escudo!...

RUDEGER

¿Te falta escudo? Jamás debe faltarte; aquí está el mío. *(Entrega a HAGEN su escudo, mientras HILDEBRANT le da el suyo.)* ¡Música! ¡Música! Golpead las corazas, armad estruendo con las lanzas. Ahora, por última vez, he oído la palabra humana. *(Entra con los suyos en la sala. Combate.)*

ESCENA DECIMOTERCERA

ATILA

¡Traedme mi yelmo!

HILDEBRANT

(Mirando a la sala, amenaza con el puño a KRIEMHILD.) ¡Tú! ¡Tú!

KRIEMHILD

¿Quién ha caído?

LOS NIBELUNGOS.—T. II.

12

HILDEBRANT

Tu hermano Gerenot.

KRIEMHILD

Fué por su voluntad.

HILDEBRANT

¿Qué luz es ésa que así me deslumbra? Ya no veo nada... ¡La Balmung!... Hagen va en medio de un mar de chispas dondequiera que golpea con ella; a su alrededor danzan los colores del iris y lastima la vista en forma que hay que cerrar los ojos. ¡Esa es una espada! ¡Produce las más profundas heridas, y mediante su brillo hace invisible al que la maneja! Ahora se detiene el segador. ¡Cómo está todo! ¡Cuánto ha guadañado! Son pocos los tallos que alcanzan aún su cabeza. También Giselher...

KRIEMHILD

¿Qué le pasa a Giselher?

HILDEBRANT

Está muerto.

KRIEMHILD

¿Está muerto? Bueno; entonces se acabó todo.

HILDEBRANT

La muerte ha vuelto a tomar aliento y de nuevo estalla la lucha. ¡Con qué furia acomete Rudeger!

Cumple el juramento tal fielmente como si lo hiciera por su gusto, pero ya está completamente solo.

KRIEMHILD

¡Pues ayúdalo!

HILDEBRANT

¡A los Nibelungos se les mata sin mí! Dankwart, ¿cómo es que te apoyas ocioso en una esquina en lugar de cumplir con tu deber? ¿No ves que Volker se desploma?... ¡Ay! Tiene buenas razones; el muro es lo que lo sostiene, no el pie que lo llevó a través de mil arduos combates... ¡Oh! ¡Dios mío!

KRIEMHILD

¿Qué ocurre?

HILDEBRANT

Están abrazados.

KRIEMHILD

¿Quién?

HILDEBRANT

Rudeger y el de Tronie.

KRIEMHILD

¡Afrenta y muerte!

HILDEBRANT

¡Guárdate la maldición! Ambos estaban cegados por la sangre que salpicaba y palpaban a su alrededor para no caer.

KRIEMHILD

Entonces lo perdono.

HILDEBRANT

Ahora se limpian los ojos, se sacuden como si salieran de bucear, se besan y... ¡Si quieres saber más, sube tú misma y mira dentro!

KRIEMHILD

¿Qué podría haber aún que me espantara? (*Sube la escalinata.*)

HAGEN

(*Sale a su encuentro cuando ha llegado a la mitad de la escalera.*) ¡El margrave Rudeger pide su sepultura!

ATILA

(*Echa mano al casco, que le presenta un criado.*)
Ha llegado mi vez y ya nadie me detiene.

TEODORICO

La vez es mía; el rey viene el último de todos.
(*Entra en la sala.*)

HILDEBRANT

¡El Señor sea bendito y alabado! La fuerza de la tierra fué repartida entre nosotros en dos mitades: una parte fué distribuída entre millones de hombres; la otra le tocó a Teodorico solo.

ESCENA DECIMOCUARTA

TEODORICO

(*Trae encadenados a HAGEN y GUNTHER.*) ¡Aquí están!

HAGEN

(*Señalando a sus heridas.*) Todas las espitas están abiertas. No hay que andar más con ellas.

GUNTHER

Querría sentarme un poco. ¿No hay aquí una silla?

HAGEN

(*Se postra en el suelo, apoyado sobre manos y rodillas.*) Aquí la tienes, noble rey; aquí la tienes, y hasta eres tú su dueño.

TEODORICO

Otórgales tu perdón, cediéndolos a la muerte, por si quiere permitir un milagro.

ATILA

¡Los aseguro hasta mañana! Después depende de la reina. Llevadlos a casa. (*Se llevan a HAGEN y GUNTHER.*)

KRIEMHILD

¡Escuchad, señor Hagen Tronie!

HAGEN

(*Volviéndose.*) ¿Qué queréis, señora?

KRIEMHILD

¡Un momento!... ¿Es el rey Atila el único guerrero de los hunos que aun vive? (*Señalando el rincón de los muertos.*) Me parece que allí se mueve algo.

ATILA

Cierto. Hay otro que se arrastra trabajosamente para salir del montón de muertos y emplea como muleta su espada.

KRIEMHILD

Acércate, mutilado, si aun quieren sostenerte tus rotos miembros; acércate para que te pague, pues soy deudora tuya. (*Acércase un huno.*)

KRIEMHILD

Señor Hagen, ¿dónde está el tesoro? No lo pregunto por mí, lo pregunto por este hombre a quien pertenece.

HAGEN

Cuando lo sumergí tuve que jurar que no se lo revelaría a ningún ser humano mientras viviera uno de los reyes.

KRIEMHILD

(*Secretamente al huno.*) ¿Aun puedes usar de tu

espada? Pues ve y córtale la cabeza al rey prisionero y tráeme esa cabeza. (*El huno hace una seña afirmativa y se va.*) El más culpable de los hijos de Ute no debe quedar con vida; sería una burla en este juicio universal. (*Vuelve el huno con la cabeza de GUNTHER.*) ¿Conoces esta cabeza? Pues di ahora dónde está el tesoro.

HAGEN

¡Este es el final! ¡Justo, como yo lo había pensado! (*Palmotea.*) Otra vez te he vencido por astucia, monstruo; ahora sólo Dios y yo conocemos el sitio, y ninguno de los dos te lo dirá.

KRIEMHILD

Pues entonces, Balmung, ¡haz tu servicio postero! (*Le arrebató del costado la Balmung y lo mata sin que él se defienda.*)

HILDEBRANT

¡Aparece aquí el demonio antes ya de la muerte? ¡Vuélvete al infierno! (*Mata a KRIEMHILD.*)

TEODORICO

¡Hildebrant!

HILDEBRANT

¡Yo he sido!

ATILA

Ahora debería juzgar, vengar, dirigir nuevos ríos

hacia el mar de la sangre... Pero me repele, ya no puedo más... Ese fardo es demasiado pesado para mí... Señor Teodorico: tomad mis coronas y llevad adelante el mundo sobre vuestros hombros...

TEODORICO

— En el nombre de Aquel que falleció en la cruz.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	<u>Páginas.</u>
Acto primero.	7
Acto segundo.	39
Acto tercero.	73
Acto cuarto	107
Acto quinto.	153



101230229

1
R
E
C
I
B
O
D
O
S



BIBLIOTECA DE IDEAS DEL SIGLO XX

SELECCIONADA Y DIRIGIDA POR
DON JOSE ORTEGA Y GASSET

Catedrático de Metafísica en la Universidad
de Madrid.

Compondrán esta colección los libros maestros de Europa y América que, aparecidos en estos últimos veinte años, inician nuevas maneras de pensar en filosofía como en política, en crítica artística como en biología, en ciencias sociales como en física. Será, pues, una colección, única hoy en el mundo, que ofrece en apretada fila los temas más incitantes de la nueva cultura.

Volúmenes que aparecerán en breve,
editados por CALPE:

- Rickert.— **Ciencia cultural y ciencia natural.**
Born.— **La teoría de la relatividad de Einstein.**
Driesch.— **Filosofía del organismo.**— Dos volúmenes.
J. von Uexküll.— **Ideas para una concepción biológica del mundo.**
Bonola.— **Geometría noeuelidiana.**
Worringer.— **El espíritu del arte gótico.**
Wölfflin.— **Conceptos fundamentales de la historia del arte.**
Spengler.— **La decadencia de Occidente.**

ACTUALIDADES CIENTÍFICAS

DE ESTA COLECCIÓN HA PUBLICADO CALPE LAS SIGUIENTES OBRAS, DE PALPITANTE INTERÉS EN EL MUNDO CIENTÍFICO

Freundlich.—**Los fundamentos de la teoría de la gravitación de Einstein.**—Un tomo, 8 pesetas.

He aquí el primer libro publicado en castellano sobre esta famosa teoría que tanto interés ha despertado en el mundo entero. El éxito alcanzado en todos los pueblos de habla española ha sido enorme; cosa natural, por otra parte, si se considera la importancia de esta teoría, según la cual resultan inciertas muchas leyes físicas que se tenían por inmutables.

Agotada. Está en reimpresión.

T. H. Morgan.—**Evolución y mendelismo.** (Crítica de la teoría de la evolución.)—Un tomo, 6 pesetas.

Magnífico estudio del cautivante problema de la herencia mendeliana, visto desde los trabajos de investigación hechos por la escuela de Morgan.

W. B. Scott.—La teoría de la evolución.—
Un tomo, 8 pesetas.

Exposición y crítica del estado actual del problema de la evolución, siempre candente.

Schlick.—Teoría de la relatividad. (Espacio y tiempo en la Física actual.)—Un tomo, 6 pesetas.

Este libro es la más clara exposición, al alcance de todos, de la famosa teoría de la relatividad de Einstein. En él se encuentran clarísimos los fundamentos de la teoría, su evolución histórica, desde los primeros hechos experimentales que dieron lugar a la nueva concepción.

El estilo es sencillísimo, y la lectura del libro no exige conocimientos especiales de matemáticas.

P R O X I M A M E N T E

Eddington.—Espacio, tiempo y gravitación.

Libro admirable para conocer la teoría de la relatividad.

Meumann.—Introducción a la Estética actual.

E. Rignano.—Psicología del razonamiento.

ACTUALIDADES POLÍTICAS

VOLÚMENES PUBLICADOS POR CALPE:

H. G. Wells. — **El salvamento de la civilización.**
Un tomo, 5 pesetas.

— **Rusia en las tinieblas.** Un tomo, 4 pesetas.

J. M. Keynes. — **Consecuencias económicas de la paz.** Un tomo, 10 pesetas.

H. Vast. — **Pequeña historia de la gran guerra.**
Un tomo, 5 pesetas.

W. T. Goode. — **El bolchevismo en acción.** Un tomo, 3 pesetas.

Coronel Malone. — **La República rusa.** Un tomo, 3 pesetas.

A. Paquet. — **En la Rusia comunista.** Un tomo, 6 pesetas.

R. Basterra. — **La obra de Trajano.** Un tomo, 8 pesetas.

Gustavo Pittaluga. — **El problema político de la sanidad pública.** Un folleto, 1,50 pesetas.

Luis Olariaga. — **La cuestión de las tarifas y el problema ferroviario español.** Un tomo, 8 pesetas.

Bertrand Russell. — **Principios de reconstrucción social.** Un tomo, 6 pesetas.

Lorenzo Bello. — **La vuelta al mundo durante la gran guerra.** Un tomo, con ilustraciones, 5 pesetas.

EN PRENSA

William Mellor. — **Acción directa.**

OBRAS COMERCIALES

ESCRITAS POR EL PROFESOR

M. A D O L P H E R U M E A U

DE LA UNIVERSIDAD DE FRANCIA

Libros utilísimos para las Escuelas de Comercio y de Industria, de los cursos de enseñanza comercial, de negociantes, jefes de Negociado, correspondientes, taquígrafos, dactilógrafos, estudiantes, etcétera, etc.

CALPE HA PUBLICADO:

Gramática práctica para la enseñanza de la correspondencia comercial francesa y española.

Un volumen de 352 páginas, encuadernado en tela, 12 pesetas.

Curso práctico de correspondencia francesa y española.— Un volumen de 608 páginas, encuadernado en tela, 12 pesetas.

Curso práctico de correspondencia inglesa y española.— Un volumen de 558 páginas, encuadernado en tela, 12 pesetas.

Nouveau Dictionnaire français-espagnol et espagnol-français, donant la signification des TERMES LES PLUS USITÉS en correspondance, comptabilité, Commerce, Industrie, Banque et Bourse.— Un volumen de 220 páginas, encuadernado en tela, 10 pesetas.

EN PRENSA

Monetario universal.

LOS NUEVOS

En esta colección CALPE irá dando a conocer las obras de los escritores nuevos españoles y americanos que son poco conocidos.

PRIMER LIBRO PUBLICADO:

La última cigüeña, por Félix Urabayen.—
Un tomo de 224 páginas, con artística
cubierta, 3,50 pesetas.

OBRAS DE JULIO CAMBA

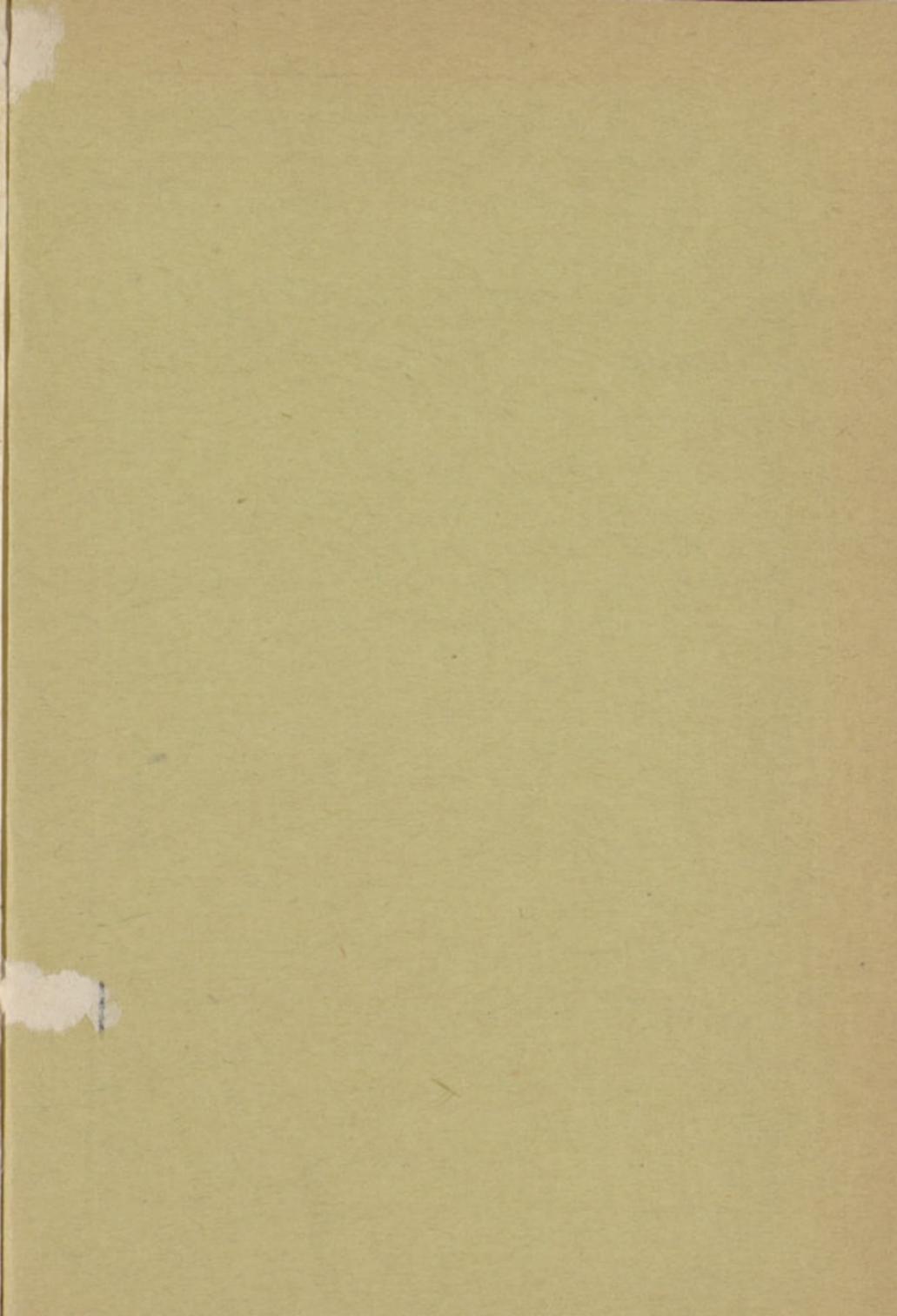
TRES LIBROS DE VIAJES:

Alemania.

Londres.

Playas, ciudades y montañas.

Precio de cada volumen, 3,50 pesetas.



COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien
páginas, cada mes, al precio de **CIN-
CUENTA CENTIMOS** cada número

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 720 números publicados desde julio de 1919 a
— — noviembre de 1922 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEEL (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13